

A.C.N. DE P.

— ASOCIACION CATOLICA NACIONAL DE PROPAGANDISTAS —

PABLO VI: La vida y el dogma
La revolución
La conciencia

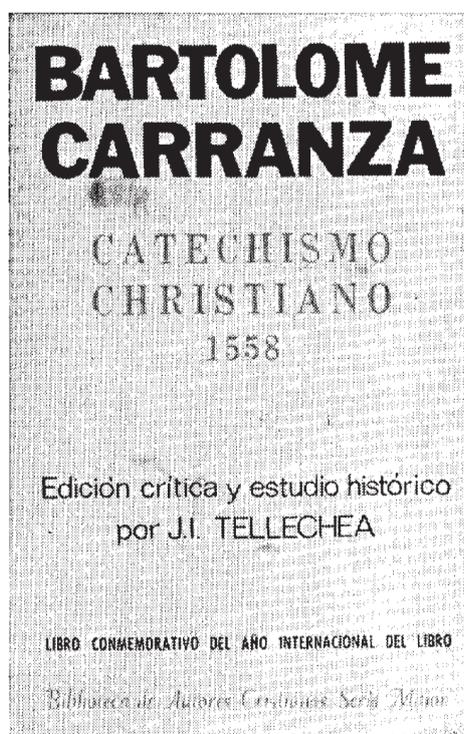
CRONICAS
A. C. N. de P.: Ejercicios 72

LA FAMILIA
EN LA SOCIEDAD DE HOY:

NUEVA SECCION:
Sentir con...

SEPTIEMBRE-OCTUBRE 1972

**BIBLIOTECA
DE
AUTORES CRISTIANOS**



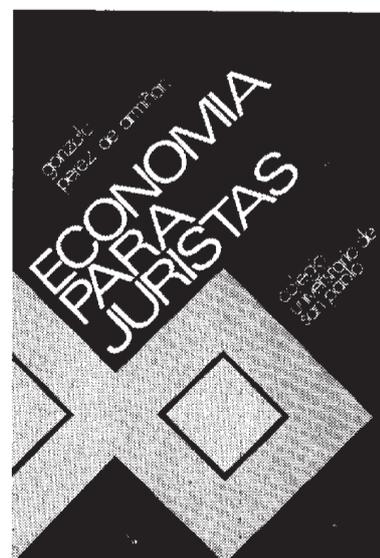
**EL LIBRO
DEL
AÑO**

C. E. U.

**SERVICIO DE
PUBLICACIONES**



**Julián Romea, 2
MADRID-3**



A. C. N. DE P.

Boletín informativo de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas

Director: José Luis Gutiérrez García

Año II

Núms. 910-911

Septiembre-octubre 1972

SUMARIO

PORTICO	Página
Por una convivencia en la Justicia y en la Libertad, por J. L. de S. T.	4
La vocación cristiana, por José Luis Rivera Blanch	5
EL MIERCOLES, AUDIENCIA (Pablo VI)	
La vida no está desligada del Dogma	7
¿Abusamos de la palabra «revolución»?	8
No basta la conciencia como norma	10
CRONICAS A. C. N. de P.	
Ejercicios 72 en Loyola	12
Entrevista sobre los Ejercicios	13
De la 59 Asamblea (continuación del número anterior)	15
DOCUMENTACION	
La Familia en la Sociedad de hoy, carta del Cardenal Villot	16
ESPIRITUALIDAD SEGLAR	
Apuntes para una meditación sobre el «Amor de Dios», por Julio Monsalve	22
EN BILBAO... NO TODO SON BRUMAS	
Pastoral de Monseñor Añoveros	25
LOS PROPAGANDISTAS DICEN	
Fernando Guerrero comenta dos recientes e importantes documentos	28
Educación y Defensa de la Naturaleza, conferencia de Eugenio Fedriani	32
SENTIR CON...	
Réquiem por una casa, por Juan Luis de Simón Tobalina	38
Los crímenes rituales, por Jesús Ortiz Ricol	40
CUARTILLAS DE CURRO CERVERA	
Símbolos de esperanza	42
VIDA EN EL CEU	
Cursos especiales para 1972-73	44
NUESTRA HISTORIA	46

Isaac Peral, 58 - Madrid-3

Imprime: GRAFICAS UGUINA

Meléndez Valdés, 7

Madrid-15

Depósito legal, M. 244 - 1968.

PORTICO

Por una convivencia en la Justicia y en la Libertad

La sociedad humana sólo es concebible cuando se propone como meta ineludible la realización de la justicia. Sin justicia los miembros de una sociedad no pueden vivir unidos, sino atados. La autoridad no es entonces una sugestión moral que atrae libre y voluntariamente la obediencia, sino una fuerza material, una coacción física con la que se constriñe a la sumisión pasiva a unos súbditos reducidos a ser "robots" sin alma. La pacífica convivencia en el orden a que debe aspirar toda sociedad sólo es realizable, por tanto, en la justicia. Opus justitiae, pax.

Convivir no es simplemente vivir al mismo tiempo y en el mismo lugar que "otros", es vivir en hermandad con los demás miembros de una comunidad para la realización de una tarea común que exige justicia en los medios y justicia en los fines. Justicia mediante la coparticipación de todos en el señalamiento de los objetivos a lograr, en la corresponsabilidad de las actuaciones imantadas a la consecución de las metas propuestas y en la comunicación de los bienes que son el fruto del trabajo de todos. Justicia en el dar y en el recibir. Justicia en el acceso, sin exclusión de nadie y con perfecta igualdad de oportunidades, a la riqueza, la cultura y el poder. Justicia a la hora de repartir los beneficios morales y materiales de la empresa común. Justicia, en fin, a la hora de imponer sacrificios y de distribuir premios y ventajas.

Pero la justicia no es suficiente para hacer atractiva la convivencia social. La sociedad requiere el esfuerzo conjuntado, orgánico y armónico de todos, pero no puede exigir el sacrificio de la personalidad humana y de su libertad. El bien común consiste, precisamente, en el conjunto de condiciones necesarias para el más perfecto desarrollo de la personalidad de todos y cada uno de los hombres que forman la sociedad. Sin libertad no habría una verdadera sociedad, sino un hormiguero humano. Hay que respetar las iniciativas individuales, hay que favorecer la pluralidad de opciones gracias a la cual se establece el estímulo necesario para que surjan mentes luminosas, espíritus ardientes, actividades fecundas. Sólo en la libertad despliega el hombre sus mejores dotes, sus más elevadas facultades. Sin libertad, una sociedad puede alcanzar metas de más o menos brillo exterior, pero no habrá paz en las conciencias ni felicidad en los corazones. Libertad para que el hombre sea leal a sus convicciones; libertad para que cada uno sea fiel a su vocación, libertad para que la convivencia sea armonía de voluntades y no resultado de un frío mecanismo autoritario.

¿Cómo hallaremos esta libertad? La autoridad tiene que admitir límites a su poder para que la libertad sea posible. Esa significación tiene en todas partes las garantías constitucionales. Pero la libertad no es un don que se recibe gratuitamente, sino una conquista que se alcanza con esfuerzos y sacrificios. La libertad, por otra parte, sólo es completa y merecida cuando el hombre aspira a la meta más alta: la verdad.

Sólo en la verdad podemos disfrutar una libertad que llene nuestras aspiraciones y sea la culminación de una vida noble y esforzada. «La verdad os hará libres», dice el Evangelio.

En la búsqueda incesante de la verdad hallaremos la libertad que no consiste únicamente en la posibilidad de optar entre varios caminos, sino en la facultad de seguir el que nos señale nuestra conciencia sin desistir ante el soborno o la amenaza. Hay verdades temporales a cuya consecución debemos dirigirnos sin vacilaciones. Hay una dignidad de la persona humana, unos derechos del hombre innatos e intangibles, unos imperativos de justicia, unas normas de cooperación internacional, unas exigencias de ayudar a hombres y pueblos subdesarrollados que engendran deberes para todos los miembros individuales y colectivos de la comunidad mundial. Y una Verdad más alta. Lo dijo Cristo: «Yo soy la Verdad». El cristiano no puede renunciar a la búsqueda incansable y apasionada de la Verdad. En ella encontrará su liberación total de toda atadura humana.

Desde una sociedad justa en que los hombres disfruten de la libertad indispensable para la búsqueda incansable de la Verdad y de las verdades temporales que derivan del orden social querido por Dios, podremos aspirar al cumplimiento de la ley del amor formulada por Cristo: «Un nuevo mandamiento os doy...»

J. L. DE S. T.

LA VOCACION CRISTIANA

La vocación cristiana es, por naturaleza, vocación de apostolado, señala el Concilio. Todo hombre, que adquiera seria conciencia del Evangelio de Jesucristo, se hace consciente de la misión de evangelizar.

Misión de la Iglesia católica y de sus miembros es la santificación de los hombres y la transformación del mundo en que vivimos para que deje de ser doloroso escenario de conflictos, represalias, violencias, de sistemas generadores de querellas en los que no puede resplandecer la paz. Olvidan con frecuencia, los gobernantes, que el objeto de toda intervención en materia social es ayudar a los miembros del cuerpo integrador de la sociedad y no destruirlos o absorberlos.

Recordemos las palabras de Cristo, firmes y rotundas, en las que se contiene el mensaje específico de la Iglesia: «Bienaventurados los pacíficos, porque ellos poseerán la tierra» (Mt., 5, 4).

Se experimenta, en el mundo actual, un peligroso vértigo de la revolución, de la anarquía, de la fascinación de la negación, de la tendencia

iconoclasta. Existe una psicosis de desconfianza, pese a las apariencias de vida intensa de estudio, de trabajo, de experiencia del mundo exterior y perenne búsqueda interior de una certeza vital, que, en modo alguno, se obtiene con la creación de seudoverdades. En los cambios actuales tan profundos y rápidos—señala la «Octogesima Adveniens»— el hombre tiene necesidad de esclarecer su futuro por medio de verdades eternas e inmutables cuyas huellas puede él, si lo desea realmente, hallar por sí mismo.

Es fundamental para el hombre la penetración interna de la gracia para traspasar los umbrales del Reino de la Fe; que el no creyente advierta, tras su penoso caminar por la vida, que sólo en Dios y en su Buena Nueva de Amor y de Salvación en Cristo hallará su plenitud y esa certeza vital a que antes aludíamos.

El hombre, ahora como en todos los tiempos, necesita de Jesucristo, aunque, como Su Santidad el Papa ha advertido, hoy más que nunca la Humanidad se rebela, protesta y declara: No tenemos necesidad de salvación, no conocemos ese Salvador; no lo queremos conocer.

Esta actitud, definida por Pablo VI como fruto de «nuestra orgullosa e intolerante autosuficiencia», es claramente agnóstica.

La Humanidad debe captar íntegra, profunda y humildemente la excelsa misión salvífica de la Iglesia católica; de una Iglesia que anhela la paz en el mundo, como suprema finalidad, como algo posible y obligado, no utópico ni mítico. De esta misión salvífica de la Iglesia derivan funciones, luces y energías que son el soporte en el cual la comunidad humana se consolida, de conformidad al Plan Divino. La Iglesia marcha vinculada a la Humanidad y se solidariza con su suerte.

Una cuestión debe ser analizada con atento, reflexivo y prudente discernimiento: el divorcio entre la fe religiosa y nuestra vida diaria. Lo manifiesta el Concilio bien específicamente: «Se equivocan los cristianos que, pretextando que no tenemos aquí ciudad permanente, pues buscamos la futura, consideran que pueden descuidar las tareas temporales, sin darse cuenta que la propia fe es un motivo que les obliga al perfecto cumplimiento de todas ellas, según la vocación personal de cada uno. Pero no es menos grave el error de quienes, por el contrario, piensan que pueden entregarse totalmente a los asuntos temporales, como si éstos fueran ajenos del todo a la vida religiosa, pensando que ésta se reduce a ciertos actos de culto y al cumplimiento de determinadas obligaciones morales» (G. S., núm. 43, párr. 1.º).

Entre estas tareas temporales, la fundamental es la paz en el mundo, no fruto de un orden exclusivamente, sino de un orden justo; una paz nacida del amor al prójimo, imagen y efecto de la paz de Cristo, que procede de Dios Padre. En la medida en que el hombre es pecador, amenazan y amenazarán el peligro de conflictos armados hasta el retorno de Cristo; pero en la medida en que los hombres, unidos por la caridad, triunfen del pecado, pueden también reportar la victoria sobre la violencia hasta la realización de aquella palabra: «De sus espadas forjarán arados, y de sus lanzas hoces. Las naciones no levantarán ya más la espada una contra otra, y jamás se llevará a cabo la guerra».

JOSE LUIS RIVERA BLANCH

EL MIERCOLES, AUDIENCIA

ES CONOCIDA DE LOS CATOLICOS LA REPERCUSION QUE POR SU CONTENIDO DOCTRINAL TIENEN LAS AUDIENCIAS GENERALES QUE LOS MIERCOLES CONCEDE PABLO VI.

De ellas nos haremos eco frecuentemente en nuestro Boletín.



MIERCOLES, 26 DE JULIO

LA VIDA NO ESTA DESLIGADA DEL DOGMA

Tenemos que considerar un problema importante: la relación entre la vida natural, profana, secular y la vida cristiana. *Asistimos hoy a un esfuerzo gigantesco para eliminar de la forma ordinaria de vivir toda señal, todo criterio, todo compromiso con matiz religioso.* Se busca frecuentemente, *incluso en el ámbito del mundo cristiano*, reivindicar para el laicismo de la conducta, especialmente en sus manifestaciones públicas y exteriores, un dominio exclusivo y absoluto.

Existen corrientes de pensamiento y de acción que pretenden separar la moral de la teología; la moral debería ocuparse solamente de las relaciones entre los hombres y de la conciencia personal del hombre: en el campo moral no existiría necesidad de dogma religioso alguno. Por el hecho legítimo de que muchas expresiones del pensamiento y de la actividad humana deben estar gobernadas por criterios propios (las ciencias, por ejemplo) y que el ordenamiento mismo del Estado puede ser concebido según un laicismo propio sano y razonable (como ya dijo nuestro venerable predecesor el Papa Pío XII; cfr. A. A. S., 1958, p. 220), *se desearía que la religión no sólo no apareciese ya en público, sino que no tuviese ya influencia alguna inspiradora y directiva en la legislación civil y en la normativa práctica.* Incluso cuando después se reconoce oficialmente la libertad religiosa, ésta se ve frecuente y prácticamente suprimida y oprimida, y, a veces, con métodos intimidatorios y opresivos, que consiguen ahogar, hasta en el interior de las conciencias, la libre y sencilla profesión del sentimiento religioso.

¿Qué decimos nosotros? Recordemos en primer

lugar la distinción que debe afirmarse y observarse, ciertamente, entre el orden temporal y el orden espiritual, en reverencia a la palabra decisiva del Divino Maestro: «Dad al César lo que es del César y dad a Dios lo que es de Dios» (Mat. 22, 22)...

EXISTEN CORRIENTES DE PENSAMIENTO Y DE ACCION QUE PRETENDEN SEPARAR LA MORAL DE LA TEOLOGIA

... ¿Existe una moral cristiana, es decir, una forma original de vivir que se califica cristiana? ¿Qué es la moral cristiana? Empíricamente podríamos definirla afirmando concretamente que es una forma de vivir según la fe, es decir, a la luz de la verdad y de los ejemplos de Cristo, tal como hemos aprendido del Evangelio y de su primera irradiación apostólica, el Nuevo Testamento, siempre con miras a una posterior venida de Cristo y de una nueva forma de nuestra existencia, la así llamada parusia, y siempre mediante *un doble auxilio, uno interior e inefable, el Espíritu Santo; otro, exterior, histórico y social, pero cualificado y autorizado, el magisterio eclesiástico.*

... Debemos sacar dos conclusiones muy importantes para nuestra mentalidad moderna. *Primera conclusión:* nuestra concepción práctica de la vida debe reservar el primer puesto a Dios, a la religión, a la fe, a la salvación espiritual, y no solamente un primer puesto de honor, puramente formal o ritual, sino más bien lógico y funcional.

NUESTRA CONCEPCION PRACTICA DE LA VIDA DEBE RESERVAR EL PRIMER PUESTO A DIOS...

Si soy cristiano, debe decir cada uno, yo, honrando debidamente en mí este título, poseo la clave interpretativa de la vida verdadera, la máxima fortuna, el bien superior, el primer grado de la existencia verdadera, mi intangible dignidad, mi inviolable libertad. Mi colocación en orden a Dios es el hecho más valioso y más importante... La primera orientación de la vida, el eje central y directo de mi humanismo, sigue siendo el teológico...

... Así, pues, la supresión del amor a Dios, con el convencimiento de que basta el amor al prójimo (¡cuántos se engañan hoy por haber simplificado el problema moral, olvidando su principal fundamento religioso y reduciéndolo a una pura filosofía humanística!), compromete también la relación de auténtico amor al hombre, relación que se debilita fácilmente al no ser universal, desinteresada, constante. Puede llegar a ser parcial y, por ello, principio de lucha y de odio.

Y después, otra conclusión: reconocer la primacía del factor religioso en el ordenamiento operativo humano no implica una evasión de la urgencia de los deberes inherentes a la justicia y al progreso, como si la observancia puramente religiosa bastase para liberar a la conciencia de las obligaciones de solidaridad y generosidad hacia el prójimo; y mucho menos, el reconocimiento de la primacía religiosa en la moral crea un freno egoísta e irracional en la búsqueda positiva a los remedios a los males sociales; más bien, lo contrario...

... Por fortuna, en nuestros días, este imperativo de la justicia social, es decir, de hacer ampliamente

operante nuestra profesión cristiana, de dar a la fe su expresión coherente en la caridad, está muy difundido y sentido, especialmente entre los jóvenes, y por nuestra parte *haremos bien en advertir su estímulo en nuestros corazones y en seguir la invitación ardiente y actual de la Iglesia (expresada también en el Concilio y en el último Sínodo) de promover la implantación de una mayor justicia en el mundo.*

Deberemos prestar atención, como decíamos, a fin de no privar a nuestra actividad benéfica de su inma-

... PERO (ESTA PRIMACIA) NO IMPLICA EVASION DE LA URGENCIA DE LOS DEBERES INHERENTES A LA JUSTICIA Y AL PROGRESO

nente inspiración religiosa y, además, *deberemos cuidar de no hacer de la religión un pretexto político o un instrumento al servicio de otros objetivos que no sean precisamente los justos y honestos del verdadero bien del prójimo. Pero cuidaremos principalmente de educarnos a nosotros mismos en la escuela de un cristianismo auténtico, orante y operante, y de dar testimonio con nuestra coherencia entre la fe y la caridad, en medio de nuestro mundo moderno, de cuán verdadero, cuán humano, cuán trascendente es el Evangelio de Cristo.*

Que nuestro deseo sea convalidado por nuestra bendición apostólica.

DEBEREMOS:

- ... **NO HACER DE LA RELIGION UN PRETEXTO POLITICO O UN INSTRUMENTO AL SERVICIO DE OTROS OBJETIVOS**
 - ... **EDUCARNOS A NOSOTROS MISMOS EN LA ESCUELA DE UN CRISTIANISMO AUTENTICO, ORANTE Y OPERANTE**
-

MIÉRCOLES, 9 DE AGOSTO

¿ABUSAMOS DE LA PALABRA «REVOLUCION»? EL HOMBRE NO ES SOLO DERECHO, SINO TAMBIEN DEBER

... Los hombres de hoy se encuentran extraordinariamente desbordados por influencias exteriores, que impresionan su juicio no ya orientado hacia la verdad por sí mismo y que distraen sus deseos, de suerte que «imágenes de bien, por el hecho de se-

guir siendo falsas» (cfr. Purg. 30, 131), pierden el justo criterio del obrar humano. Es necesario despertar la conciencia moral, si queremos ser, mejor dicho, crecer como hombres, y con mayor motivo cristianos, en la turbulenta afluencia de estímulos, de

¿NO ESTAMOS ABUSANDO DE ESTA EXPLOSIVA PALABRA «REVOLUCION» PARA HACER DE ELLA UN MITO DESASTROSO, O AL MENOS ANGUSTIOSO?

opiniones, de peligros, de valores, de la que nuestra época nos rodea y casi nos ahoga. Volvamos al problema moral; en tanto seremos hombres en cuanto seamos capaces de poner en el vértice de nuestra existencia la guía moral.

Un análisis, muy elemental en este momento, se impone. Por ahora, subjetivo. *¿Cuáles son los coeficientes de la moralidad?* Podemos clasificarlos bajo tres palabras muy corrientes: *deber, poder, querer.*

¿Puede decirse bueno, es decir, hombre perfecto, el que falta al propio deber? La respuesta es unánime: no. Pero el problema no se ha terminado. ¿Existe un deber? El de la norma exterior, cuando ésta es legítima, está claro: es deber de todo miembro del cuerpo social obedecer a la norma establecida: el buen ciudadano es el hombre fiel a la ley. Y he aquí que surge inmediatamente una serie de preguntas apremiantes. ¿Es legítima la norma establecida? ¿Es legítima la autoridad que la promulga e impone? Comienza la confusión.

¿No estamos educados con espíritu revolucionario? *¿Qué extraordinaria apología se ha hecho hoy de la revolución como ideal, como sistema, como fuente de derecho, mejor dicho, de justicia, para que la masa, digamos mejor el pueblo, los maestros y los dirigentes de la sociedad no se dejen convencer, autoconvencer, que la revolución por sí misma es deber y después origen de obligación moral?* Y esta obligación ¿será históricamente momentánea o será progresiva?, ¿dónde estará la sociedad, la convivencia, la civilización? *¿No estamos abusando de esta explosiva palabra «revolución» para hacer de ella un mito desastroso, o al menos angustioso?* Y, además, toda revolución ¿no reivindica para sí el arbitrio absoluto, el derecho indiscutible de convertirse en dominio despótico y opresor tan pronto se ha impuesto y derrotado a sus propios oponentes? *¿Qué régimen es más rigurosamente conservador que el revolucionario?*

O bien, bajo esta anárquica palabra de «revolución», ¿no se ha refugiado ahora en muchas partes y en muchos cerebros otra palabra, un concepto muy diverso, el concepto de reforma, que brota de una energía no subversiva, sino respetuosa del bien común y creadora de renovación providencial y obligada? Como veis, el tema es amplio y se presta a numerosas reflexiones (cfr. S. Tom. II-II, 43; Tapparelli, Diss. c. IV, V; I. Leclercq... Locke, Rousseau, Sorel, Marcuse, etc.).

Y, mientras tanto, vuelve apremiante la pregunta primitiva: *¿existe un deber, independientemente de las obligaciones procedentes de la legislación social? Sí, existe; y surge interiormente; es una voz de la conciencia;* la oímos todos por poco que la escuchemos,

y que dice: tú debes, tú no debes. Es uno de los temas más frecuentes y más nobles en la historia del pensamiento. Célebres maestros hablaron de él con tal autoridad que todavía debemos recordarlos; de él habló Sócrates, Platón, los Estoicos, especialmente Cicerón, San Ambrosio, Rosmini, etcétera. Kant estableció en él la primacía de la razón práctica con su imperativo categórico..., pero ésta, ¿es solamente un impulso inmanente en nuestra estructura psicológica o procede de un principio superior, de una voluntad trascendente, que se manifiesta dentro de nosotros e interpreta y orienta nuestro ser en conformidad con un pensamiento divino? ¿Quién nos quiere como El, Dios, nos ha pensado y nos quiere que seamos capaces de realizar, al mismo tiempo, nuestra verdadera naturaleza libre y procedente, orientada a nuestra plenitud y al encuentro con su designio sabio y amoroso? Así es. En el Decálogo. En el Evangelio. En nuestra escuela teológica y filosófica.

El deber es la voluntad del Padre, la cual proclamamos como nuestra cada vez que recitamos la oración enseñada por Jesús: «Hágase tu voluntad así en la Tierra como en el Cielo», en el orden cósmico y en el reino de los bienaventurados, «así en la Tierra», por nosotros, pequeñas criaturas, siervos tuyos, mejor dicho, ¡hijos tuyos! Aquí deber y amor se encuentran y se explican el uno por el otro y encienden una chispa que ilumina la vida presente y futura.

El deber, palabra que con frecuencia e injustamente calificamos como antipática y hostil, es la ley, la deontología de la vida. Pero he aquí una nueva pregunta: ¿no es el deber contrario a la libertad? Existen quienes superficialmente lo creen. Y en nuestros días un liberalismo filosófico, tan autorizado como insuficiente, nos lo ha predicado...

... Nosotros, alumnos de Cristo y de la Iglesia, ciertamente, seremos los defensores de la auténtica libertad del espíritu humano y, por ello, de los ordenamientos sociales que se derivan del mismo; pero simultáneamente y no contra, sino en homenaje a la verdadera libertad, seremos los defensores del deber, de esta interior necesidad aceptada y querida, que descubre a nosotros mismos nuestra vocación humana y que nos eleva el nivel moral. *El hombre no es sólo derecho, es también deber,* especialmente en sus soberanas aplicaciones que hoy se prefieren llamar *responsabilidad.*

Responsabilidad, sí, está bien, frente a la propia conciencia, si ésta quiere ser lógica, coherente, hu-

**EL HOMBRE NO ES SOLO DERECHO,
ES TAMBIEN DEBER**

RESPONSABILIDAD FRENTE A LA PROPIA CONCIENCIA, FRENTE A LA SOCIEDAD Y ESPECIALMENTE FRENTE A DIOS

mana; frente a la sociedad y, especialmente, frente a quien como tal ha plasmado nuestra conciencia, responsable al fin y, sobre todo, ante El, *qui videt in abscondito*, que nos ve en la intimidad (cfr. Mat. 5, 4, etcétera; Prov. 17, 3, etc.).

Para nosotros hacer el bien es un *compromiso* (otra palabra que hoy revaloriza aquella otra palabra callada de deber); decir la verdad es compromiso, deber siempre; mantener las promesas es compromiso, es deber, es responsabilidad; *pacta sunt servanda* (hay que cumplir los compromisos), piedra

fundamental del derecho internacional; los votos son compromisos sagrados que jamás se deben violar o, por sí mismos, jamás se deben desmentir o retractar; el bien del prójimo, el de amarlo y el de amarnos como El, Cristo, nos ha amado, es el gran y «nuevo mandato», el deber testamentario que nos ha dejado y que nos autoriza a reconocernos y a ser efectivamente cristianos (cfr. Jn. 13, 35).

No ocultar, no huir, no eludir nuestro deber, sino amarlo, cumplirlo con fuerza, con amor. Esto para todos nosotros. *Con nuestra bendición apostólica*

SON COMPROMISOS:

- ... HACER EL BIEN
 - ... DECIR LA VERDAD
 - ... MANTENER LAS PROMESAS
 - ... LOS VOTOS
 - ... EL AMOR AL PROJIMO
-

MIÉRCOLES, 2 DE AGOSTO

NO BASTA LA CONCIENCIA COMO NORMA; ES NECESARIA LA LEY

¿Qué es el sentido moral? Es un juicio inmediato, podríamos decir casi instintivo por ser primitivo en nuestro proceso racional, sobre la bondad o la malicia de una acción.

Y ¿cuándo una acción es buena o mala? Es buena cuando es conforme a un orden, a un bien objetivo (ontológico), a un orden que nace del ser, de la naturaleza de las cosas; si no es conforme, es mala.

Y ¿Cómo sabemos nosotros si existe o no esta conformidad? Ante todo, por aquel acto espontáneo, pero reflejo, que nuestra mente realiza sobre sí misma y que se llama conciencia. La conciencia, ante todo, es el hombre que piensa sobre sí mismo; es el pensamiento del pensamiento; es el espejo interior de la experiencia, de la vida; y es ordinariamente psicológica. Y en este cuadro interior adquiere un relieve especial la advertencia sobre el empleo de la propia libertad, y esta advertencia se llama la *conciencia moral*...

No diremos más sobre un tema que merecería un tratado sin fin.

Mencionaremos solamente dos notas útiles a la finalidad que ahora nos urge: su necesidad y su insuficiencia.

Decir que es necesaria la conciencia moral equivale a decir que es necesario que el hombre sea hombre. Dicha conciencia responde a su definición; un hombre sin conciencia es como una nave a la que falta el timón, es decir, la guía. Falta del conocimiento de los verdaderos valores de la vida y del conocimiento de sus fines. La conciencia pone en juego en el hombre activo su inteligencia y su voluntad, lo hace dueño de sus actos, lo libera de su pasividad interior, incluso cuando la obligación exterior no le permite movimientos exteriores libres.

Este retorno a una conciencia moral propia es hoy tanto más deseable por el hecho de que la educación moderna capacita más al hombre al ejercicio del pensamiento y a la selección autónoma de las propias decisiones; y también cuanto más penetrada está nuestra psicología, frecuentemente casi sin que se percate de ello, por estímulos e impresiones exteriores; el ambiente, la opinión pública, la moda, los incentivos pasionales, las distracciones innumerables impiden, en la práctica, el recurso a la propia conciencia; la acción original, personal, es desbordada por influencias de todo orden, por las que el hombre vive a ciegas, casi condicionado y guiado

EL RETORNO A LA CONCIENCIA MORAL PROPIA ES HOY TANTO MAS DESEABLE EN EL HOMBRE MODERNO

por el fenomenismo de las cosas que lo rodean y del mecanismo obligante y convencional que lo trastorna.

En el fondo es muy difícil para el hombre moderno decir: Yo; yo a sí mismo, en el foro íntimo de la propia personalidad; y es muy fácil para él someterse a factores que lo convierten en un número insignificante en la masa anónima, carente con frecuencia de una verdadera conciencia moral comunitaria.

Es en la expresión de la conciencia moral donde el hombre se libera de las tentaciones producidas en su propio ser vulnerado por el desarreglo heredado de su complejo organismo a causa de un trastorno atávico, el pecado original; él recupera, si no otra cosa, el concepto y el deseo de la propia perfección.

Es por esta conciencia moral por la que son superados los intereses corruptores de su dignidad, son vencidos los temores que hacen al espíritu vil e inepto, son alimentados los sentimientos que producen el hombre galante, honrado, más aún, fuerte. Los grandes tipos del drama humano, los inocentes, los héroes, los santos sacan su energía de esta conciencia...

... La alusión al sentimiento religioso nos conduciría a estudiar la conciencia moral frente al Evangelio y a la tradición que se deriva del mismo; comenzando por la facilidad con que se establece esta relación entre el mundo divino y nuestra alma, cuando justamente la conciencia moral busca las razones y el término de su represión en la dirección religiosa. Un hilo no solamente lógico, sino un hilo vital estrecha la relación. Es decir, una rectitud nueva hace posible un coloquio, una presencia entre el alma y Dios.

En el lenguaje religioso la conciencia sume el nombre de corazón, con todo lo que de vivo, de personal, de profundo, e incluso sentimental puede significar este centro del alma... No sin motivo la liturgia, al comienzo de la Santa Misa, nos hace recitar el *Confiteor* y añade al mismo una pausa de reflexión. Es

el *examen de conciencia*. Práctica espiritual y ascética de suma importancia, a la que todos deberemos prestar la máxima atención: la conciencia es la lámpara que ilumina nuestro camino, si queremos que éste sea recorrido con rectitud y con energía hacia el verdadero y último fin de nuestra vida, que es Dios.

Pero aquí debemos añadir, para terminar, la otra nota que a Nos nos urge poner de relieve en relación con la conciencia: *su insuficiencia*, decíamos. Por sí sola, la conciencia no basta, aun cuando lleva en sí misma los preceptos fundamentales de la ley natural (cfr. Rom. 2, 2-16). *Es necesaria, justamente, la ley*; y la que la conciencia ofrece por sí misma a la orientación de la vida humana no basta; debe ser

EL EXAMEN DE CONCIENCIA, PRACTICA ESPIRITUAL Y ASCETICA DE IMPORTANCIA SUMA

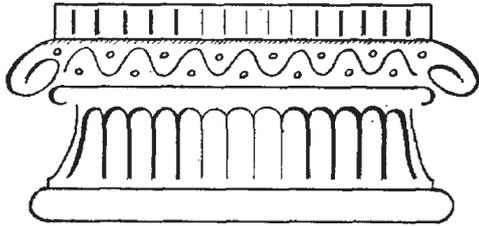
educada y explicada; debe ser completada con la ley externa, tanto en el ordenamiento civil—¿quién no lo sabe?—como en el ordenamiento cristiano—y también éste ¿quién no lo sabe?—. El «camino» cristiano no nos sería conocido, con verdad y con autoridad, si nos fuese anunciado por el mensaje de la palabra exterior, por el Evangelio y por la Iglesia.

Quien piensa emanciparse de la ley y de la autoridad legítima tendrá un sentido moral mudo sobre muchos preceptos incómodos y principales y, para un cristiano, fundamentales, como la caridad y el sacrificio, y terminará por perder un exacto juicio moral, y por concederse a sí mismo aquella moralidad elástica y permisiva que desgraciadamente hoy parece prevalecer. Se deberá hablar de ella. (Cfr. Discurso de Pío XII. A. A. S. 1952, p. 270-278).

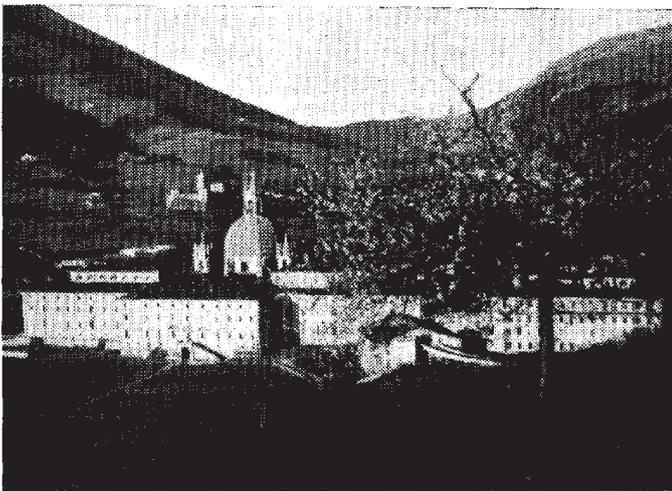
Por hoy bástenos reconocer a la conciencia recta y verdadera el puesto que le es debido en el ejercicio de la vida moral: el primero.

LA CONCIENCIA RECTA Y VERDADERA EN EL PRIMER PUESTO DE LA VIDA MORAL

A. C. N. C. R. O. N. I. C. A. S.



EJERC



SE IMPUSIERON INSIGNIAS A:

Juan Lillo Orzaes.
Miguel Angel López Díaz.
Serafín Ríos Mingarro.
Ignacio Sagarna López.
Juan Antonio Vicent López.

RENOVARON SU PROMESA:

Abelardo Algora Marco.
José Almagro Nosete.
Juan Muñoz Campos.
Alfonso Carbonell Miralles.
Miguel Deulofeu Hortal.
Luis de Diego Samper.
José María de la Vega Samper.
Francisco Javier de Echánove Guzmán.
Carlos Fernández de Soto Pérez.
José María Julve Jope.
José Luis Lorda Corti.
Alberto Martín Artajo.
Isidoro Martín Martínez.
José Antonio Romagosa Vila.
Ricardo Sánchez de Movellán.
José María Tomás y Soriano.

EJERCITANTES

Nicolás Albertos Gonzalo.
Abelardo Algora Marco.
José Almagro Nosete.
José Aguirre López y esposa.
Francisco Arranz Chércoles.
Alfonso Carbonell Miralles.
Francisco Cervera Jiménez-Alfaro.
Fernando Crespo Alfageme.
Ignacio Chacón Xérica y esposa.
Miguel Deulofeu Ortal y esposa.
Luis de Diego Samper.
Francisco Javier Echanove Guzmán.
Ricardo Fernández Maza y esposa.
Carlos Fernández de Soto Pérez.
Vicente García Simón y esposa.
José María Julve Jope.
Juan Lillo Orzaes y esposa.
Miguel López Díaz y esposa.
José Luis Lardo Corti.
Alberto Martín Artajo.
Isidoro Martín Martínez.
Juan Muñoz Campos y esposa.
Juan Muñoz.
José Núñez Moreno y esposa.
Gonzalo Pérez de Armiñán.
Antonio Pérez Crespo y esposa.
Serafín Ríos Mingarro y esposa.
José Antonio Romagosa Vila y esposa.
Mariano Romero Aznar y esposa.
Ignacio Sagarna López.
Ricardo Sánchez de Movellán.
José María Tomás y Soriano y esposa.
Ignacio Urquijo.
José María de la Vega Samper.
Juan Antonio Vicent López.

CIOS 72

EN LOYOLA

Bajo la Dirección del P. don Manuel Matos S. J., Consiliario del Centro de Murcia.

Entrevista

A UN EJERCITANTE DE LOYOLA

Responde a nuestras preguntas un veterano propagandista, Javier de Echanove Guzmán, que recibiera la insignia hace veintisiete años, hombre de recia espiritualidad y constante en acudir a los Ejercicios que convoca la Asociación.

—Javier, cuéntanos algo de estos Ejercicios 72 que nos sirva de comentario para las páginas del Boletín.

—Pues, mira, hacer ejercicios en Loyola es

siempre un tónico para el espíritu: es el ambiente, el templo y la campiña, es el reencuentro con los compañeros y es, sobre todo, el diálogo personal e íntimo con Dios, es estar en familia con El, ya que en el cotidiano vivir, aun dentro de una práctica asidua de la presencia de Dios, no suelen saborearse tanto los ratos de coloquio con el Señor: en seguida las atenciones de la vida distraen y obligan. Allá es diferente. Bajo la dirección del P. Manuel Matos, jesuita y consiliario del Centro de Murcia, transcurrían las horas mejor empleadas del año, porque no es fácil encontrarlas en otra ocasión.

—¿Crees, pues, necesario tomarse estas vacaciones de la actividad o si quieres estos trabajos de la contemplación?

—Sin dudarlo digo que sí; me da la sospecha de que son los jóvenes y los hombres en plena vitalidad quienes más debieran cuidarse de re-



servar plazas en las casas de ejercicios, porque es a ellos a quienes más ha de beneficiar el contraste, el reposo y... la actividad espiritual. Y esto es imprescindible cuando se quiere dar un contenido a la acción personal, tanto si ésta se proyecta sobre los negocios como en la vida profesional o pública, en la docencia o en la investigación... Y yo diría que, incluso al margen de cualquier consideración estrictamente piadosa, sentarse al borde del camino—del ajetreado y baqueteado camino—para pensar en su por qué y para qué y cómo, no es tiempo perdido, cuanto más entre cristianos para quienes estas preguntas referidas a los pasos de su vida, han de hallar constante respuesta de signo espiritual en lo íntimo de su ser.

—¿Qué opinas de la duración de los Ejercicios?

—Los Ejercicios hoy son un «week end» no más largo que muchos de los que se pasan en la Sierra con la familia o de pesca o caza con unos amigos. Lo que ocurre es que antes de ir parecen largos por cierta resistencia o cierta pereza que tiene algo de reacción casi infantil a someterse a una práctica espiritual. Cuando se está en ellos el tiempo transcurre demasiado de prisa.

—Bueno, pero concretándonos a estos Ejercicios 72 de la A. C. N. de P., ¿asististeis muchos?

—Creo recordar que nos hemos reunido unos 36 propagandistas, de ellos 12 con sus esposas, en total 60 ejercitantes. Por cierto, que en este punto de las damas creo que resulta interesantísima la asistencia del propagandista con su esposa en esa unidad espiritual que debe ser el matrimonio.

—En efecto, la familia del propagandista es tan importante como el propio propagandista. Ya ves, alguno asistió acompañado de esposa y de algún hijo.

—Sí, Juan Muñoz Campos, padre, vino con su esposa y con su hijo, con lo que los veteranos, que consideramos a Juan padre casi como hijo nuestro podemos decir que con nosotros estaba Juan «nieto». Pero volviendo a las damas, yo querría—a fuer de caballero—hacerte una pregunta, querido entrevistador; pues oí un comentario de alguna de ellas que se quejaba de no recibir la insignia de socio numerario, ¿es que hay discriminación de sexo en la A. C. N. de P.?

—Caramba, ahora es a mí a quien toca contestar—el entrevistador entrevistado—: De discriminación nada, amigo Javier, y menos a título personal. Lo que ocurre es que, para que se imponga una insignia de socio numerario, los Estatutos mandan que debe ser precisamente a propuesta del Secretario del Centro correspon-

diente. Tal es la razón por la que alguna señora no habrá recibido la insignia. Y aprovecho la ocasión que me brindas para testimoniarle la más alta consideración y estoy seguro de que este trámite no le faltará en la próxima imposición para satisfacer este legítimo y merecido deseo. ¿Puedo seguir preguntando?

¿Te gustó el estilo nuevo de los Ejercicios?

—Mira, lo fundamental de los Ejercicios es la huella de santidad que dejan en el ejercitante. Personalmente, estaba más habituado al estilo clásico. Creo que el Espíritu puede actuar de muchas maneras siempre que nos movamos en el terreno de lo auténtico, siempre que no haya disonancia con lo permanente. Sería un veleidoso si negara mis nostalgias personales por otros modos de ejercitar. Pero yo me doy por satisfecho con que en las nuevas generaciones los estilos actuales provoquen los efectos que en nosotros aquellas otras maneras. Y más satisfecho aún si los superaran. Eso es lo importante: la fecundidad espiritual de los Ejercicios, en jóvenes, en maduros o en viejos. Que nuestra nostalgia sea sólo un sentimentalismo (que los jóvenes sabrán perdonarnos a ti y a mí porque algún día lo experimentarán ellos) pero que nunca nuestra nostalgia obedezca a una carencia. Y esto no está ya tanto en nuestras manos como en las de los hombres de la Asociación que se hallan en plena madurez vital y en las de los jóvenes que se aprestan a seguir.

—Te entiendo.

—Y puesto que de recuerdos hablamos, he aquí uno curioso: es una nota de mi diario: «18 de marzo de 1945.—En el palacio episcopal, donde el señor obispo con el ritual reglamentario nos impone la insignia de propagandistas numerarios que son conmigo: Juan de los Ríos, Fernández Maza, Torrente, Riaño, Mateo, Pérez Liébana, Ponce de León» (fallecido este verano a muy avanzada edad), «Berlanga, Noreña, Cavestany, Colomina, González Alvarez (Angel), Juan Jesús González» (d. e. p. de tan querido y grato recuerdo), «Vidal Macho, Del Pozo y Leal. Nos dirige la plática el doctor Eijo Garay y después, ya fuera de la capilla, Riaño en nombre de todos da las gracias y Fernando Martín Sánchez también habla. Nos reunimos a comer en La Nicolasa presididos por Martín Sánchez y con asistencia del consiliario don Máximo Yurramendi. Me trae hasta casa en su coche Manolo Amorós». (Ahora soy yo y no él, quien da fe.)

Muchos de estos propagandistas, y el mismo consiliario, el cordial y humanísimo don Máximo, han fallecido. Es el sucederse de generaciones en esta Asociación. Que nuestro querido amigo y presidente, que el Consejo y los secre-

(Sigue en la pág. 36.)

CONCLUSIONES

Siguiendo nuestra reseña del número anterior acerca de las conclusiones adoptadas en la 59 Asamblea General de la Asociación, informamos a nuestros lectores sobre otras ponencias presentadas.

Ponencia: IDEARIO DE PENSAMIENTO

Respecto a esta ponencia, se acordó crear una Comisión de alcance nacional, para que a primeros de diciembre presente al Consejo Nacional un proyecto de

ideario de pensamiento que pueda ser examinado en la próxima asamblea general. Bajo la presidencia de don José María Belloch, de Barcelona, integran

la Comisión los señores Almagro, Gutiérrez García, Cavero y Ríos Mingarro.

Ponencia: DERECHO A LA NEGOCIACION COLECTIVA

Fueron aprobadas las conclusiones de la segunda ponencia: «Derecho a la negociación colectiva», que fue el tema nacional de estudio durante el curso que acaba de terminar. En la declaración final se dice:

1. La negociación colectiva es en nuestros días la forma más digna y eficaz de que las personas afectadas participen responsablemente en la elaboración de las condiciones de trabajo y en la distribución de los resultados del mismo.

2. Ello supone: *a)* Por parte del Estado, la creación de un marco normativo que reconozca y garantice la defensa y protección de los valores fundamentales del hombre en el plano material, social, cultural y espiritual. *b)* Un clima de negociación basado en la representatividad directa, auténtica y garantizada de las partes y en la libertad de negociación, dentro de los límites de una política de rentas cuya necesidad y justicia sean aceptadas con generalidad por la comunidad. *c)* Objetividad en los datos que sirvan de base a la negociación.

3. Todo convenio colectivo ha de tener como principios bá-

sicos: *a)* El establecimiento de condiciones dignas para el trabajador. *b)* La existencia de cauces de comunicación eficaces entre los elementos integrantes de la empresa. *c)* La fijación de retribuciones justas en orden a la productividad y responsabilidad de cada trabajador. *d)* Una mayor participación en la gestión y en los resultados de la empresa.

4. Durante la vigencia del convenio deben estar garantizadas: *a)* La existencia de un mecanismo de autocomposición para su cumplimiento e interpretación. *b)* Una intervención superior en defensa del interés de la comunidad y, en su caso, de la parte más débil.

5. En caso de conflicto colectivo es necesario individualizar sus causas, puesto que su tratamiento no puede ser el mismo: *a)* Cuando se trata del incumplimiento de las condiciones del convenio debe preverse la autocomposición, conciliación o mediación entre las partes y, en último caso, la intervención de la jurisdicción. *b)* Si se producen cambios importantes en las condiciones socio-económicas dentro de las que se negoció el

convenio, las partes procurarán adaptar aquél a las nuevas circunstancias, siendo conscientes de las repercusiones que dicha adaptación pueda tener sobre el resto de la comunidad. *c)* Teniendo en cuenta la posible interconexión entre conflictos laborales y políticos, la autoridad debería discriminar cuidadosamente entre las motivaciones laborales y las repercusiones o manifestaciones políticas, procediendo en cada situación según la naturaleza de la misma.

6. En todo caso, ante la realidad de una situación conflictiva, no se puede silenciar el pensamiento más autorizado de la Iglesia: «En caso de conflictos económico-sociales, hay que esforzarse por encontrarles soluciones pacíficas. Aunque se ha de recurrir siempre a un diálogo sincero entre las partes, sin embargo en la situación presente la huelga puede seguir siendo medio necesario, aunque extremo, para la defensa de los derechos y el logro de las aspiraciones justas de los trabajadores. Búsquense, con todo, cuanto antes, caminos para negociar y para reanudar el diálogo conciliatorio» (*Gaudium et Spes*, núm. 68).

LA FAMILIA EN LA SOCIEDAD DE HOY

El Cardenal Villot, en nombre del Papa, dirige esta carta a la LIX Sesión de Semanas Sociales de Francia (celebrada en Metz).

Señor presidente (*Mr. Alain Barrere*):

Las Semanas Sociales de Francia, que, durante estos últimos años, han fijado su atención en los problemas más graves y más difíciles de nuestras sociedades, se disponen a tratar el problema central de la pareja humana y de la familia. En efecto, «la salud de la persona y de la sociedad, tanto humana como cristiana, está estrechamente unida a la prosperidad de la comunidad conyugal y familiar» (*Gaudium et Spes*, n. 47, n. 1).

Efectivamente, el Santo Padre ha acogido con extraordinario interés vuestro proyecto de hacer de este asunto el tema de discusión y de reflexión de vuestra 59 sesión que debe celebrarse en Metz, en los próximos días. El me ha confiado el

encargo de manifestaros la importancia que atribuye a este estudio y de expresaros su benévolo aliento.

Ciertamente, la Iglesia ha procurado ya, en los textos de su magisterio, que son muy conocidos de todos, ilustrar el sentido del matrimonio cristiano, su unidad y su indisolubilidad, las exigencias naturales del amor conyugal con respecto a la perfección de los esposos y a la procreación, el respeto absoluto debido a la vida humana, el papel primordial de los padres en la educación, el puesto de la familia en la sociedad y en la Iglesia. Los caminos así marcados, no es necesario repetirlo, siguen siendo los puntos de referencia esenciales para todas las conciencias deseosas de situarse en la fidelidad a la Iglesia; como las Semanas Sociales

de Francia, desde su fundación, manifiestan su firme voluntad en este sentido. Pero vuestra experiencia os trae el convencimiento de ello, y nunca se repetirá bastante esta enseñanza: a la luz de la misma es necesario ilustrar, en su raíz, el haz de relaciones permanentes que siguen siendo la fuente y el fundamento del matrimonio y de la familia.

LO ESENCIAL Y EL CAMBIO

Ahora bien, incluso desde vuestra sesión de Burdeos sobre este tema, en 1957, una evolución rápida y profunda se ha operado en todos los medios sociales. La transformación no procede solamente de un entorno diferente o de otras condiciones de existencia de la familia; se inserta en los nuevos problemas planteados por el desarrollo de la biología y de las ciencias humanas, y corresponde a una nueva afirmación de la autonomía personal. La extrema dificultad del estudio, podría decirse, tiende a que «lo

esencial y lo invariable» no se sitúan al margen de lo que cambia, sino en el seno mismo de la realidad en evolución; bien que inspiren este cambio, o bien que se encuentren comprometidos por él.

Vuestro propósito—cuya amplitud desborda acaso las posibilidades de una Semana—requiere numerosos y atentos análisis. No entra en el marco de esta carta desarrollar, ni siquiera enumerar, sus etapas o las observaciones pertinentes. Para orientar estos estudios, evitar que se pierdan en el abismo de los hechos, de encuestas y de opiniones, para permitirnos realizar labor de juicio y, si es posible, de evaluación, un cierto instinto de la conciencia cristiana, un sentimiento de lo esencial deberán jugar un papel importante. *El patrimonio cristiano está siempre ahí, pero formulado en esquemas y modelos frecuentemente discutidos por los cambios que se operan, por ejemplo, en la forma de actuar de los padres ante sus hijos. Los que sepan recoger sus valores, experimentando que los principios se deben redescubrir en su significado y renovar en sus consecuencias, prestarán a todos un magnífico servicio.*

NECESIDAD DE CRITERIOS NUEVOS

Vosotros os hacéis eco de una aspiración muy extendida, cuando escribís que «una ética de la norma totalmente hecha que dicta conductas, debe sustituirse por una ética y una espiritualidad del sentido de la familia, que pone en evidencia las orientaciones de vida, la finalidad y las responsabilidades, tanto de la pareja en la familia como de la familia con respecto a sus miembros y a la sociedad». Insistamos, la ética sentida hoy por muchos y voluntariamente descrita como una regla completamente hecha, no ha sido

probablemente tal para aquellos que han vivido de ella o viven todavía.

Generalmente, cuando no se comparte plenamente el dinamismo y la esperanza que sostenían un cierto conjunto de normas es cuando se comienza a experimentar éstas como poco espirituales y fijas. Sigue siendo verdad que *dar a la ética su pleno significado es una tarea de nuestra época; sin cesar de concretar conductas morales, es importante vincularlas a las orientaciones fundamentales conformes a la razón y a la fe.* En este espíritu es en el que el Santo Padre os alienta a estudiar, de acuerdo con unos criterios nuevos, las relaciones constitutivas del matrimonio y de la familia. Y es en esta perspectiva en la que se abordan aquí algunos puntos de nuestro amplio programa.

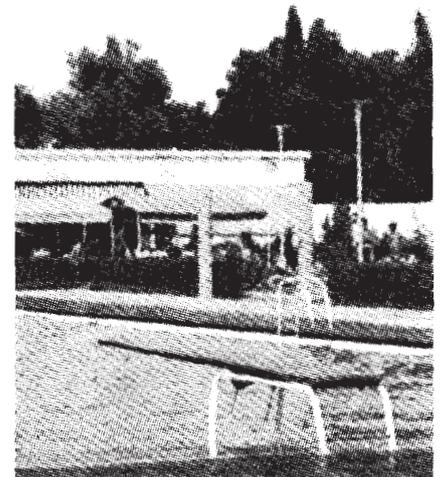
ETICA DE LA NATURALEZA Y ETICA DE LA LIBERTAD

En el momento en que se tiende felizmente a revalorizar las responsabilidades comunes del hombre y de la mujer, en los diversos sectores de la vida familiar, profesional, social, política, es importante igualmente enmarcar lo que constituye su diferencia mutua y profunda. Sería irritante querer hacer de ello una teoría partiendo del puro dimorfismo sexual; pero, sin duda, se debe esperar mucha luz de un estudio que muestre hasta qué punto el ser corporal de cada uno manifiesta dos formas muy originales de realizar el ser humano en el mundo, según el designio primordial del Creador: «El los creó hombre y mujer» (Gen., 1, 27). Ciertamente, la cultura interviene siempre para dar su expresión y su significado a esta diferencia natural. Pero, considerando excesivamente esta diferencia como un simple producto de la historia, se desconocería la realidad. Histo-



ria y naturaleza están íntimamente mezcladas.

Por otra parte, en la unión del hombre y de la mujer, ¿no es el problema fundamental el de las relaciones humanas y de la entrega natural lo que se perfila y lo que encuentra su más alta expresión? Aquí la actividad creadora, la libertad, la relación personal con otro, son vividas a través de las relaciones corporales entre dos seres complementarios, y en esta condición carnal dominada, el hombre está llamado a encontrar nuevamente la unidad misteriosa y fecunda del espíritu y del cuerpo. Acaso la profundización de semejante realidad, que marca, más allá de la historia de cada hogar, la marcha de la humanidad toda, evitaría separar u oponer la ética de la naturaleza y la ética de la libertad personal; limitándose la primera a no ver otra cosa que el lado biológico del hombre, y comprometiéndose la segunda en caminos marcados por un subjetivismo peligroso.



LA UNIDAD ENTRE CUERPO Y ESPIRITU

Por medio de la misma antropología realista deberá ser superado otro dilema: el dilema entre el ser personal y el ser social, entre la autonomía de cada uno de los esposos y la unidad de su matrimonio, entre su diferencia fundamental y su igualdad esencial. ¿No es precisamente en la aceptación de un ser diferente de uno mismo, en la colaboración íntima por caminos complementarios como se puede realizar una profunda unión de las personas?

Semejante unidad entre el cuerpo y el espíritu, entre la personalidad del hombre y de la mujer, no es un don adquirido al comienzo y de una vez para siempre. Dicha unidad encuentra su campo de realización a lo largo de toda una vida, y recibe un estimulante innegable en la decisión de una unión fiel e indisoluble, como igualmente en la institución que la garantiza. Por una parte, esta unidad debe hacerse por cada uno gracias a una reflexión práctica, que ilustra de día en día cada una de las elecciones de la historia de la pareja y de la familia. Y de otra parte, más allá de estos objetivos concretos y limitados, dicha unidad permanece propuesta como fundamento de la conducta moral en la vida conyugal y en la sociedad como una luz proyectada sobre el origen de nuestro destino y el término de nuestra esperanza, que no viene a aniquilar a los hombres, sino a ayudarlos, en medio de sus faltas y de sus pecados, en su camino hacia una verdad y libertad mayores en el amor.

Por vuestra parte os vais a preguntar también sobre las relaciones del matrimonio y de la familia. En su encuentro, en efecto, un hombre y una mujer descubren el amor que, a la vez, nace de ellos y los desborda. Un concepto justo del amor ¿no muestra, en efecto, que el amor de los esposos, en sus comien-



zos, se abre hacia algo más grande que ellos, hacia una realización objetiva que refleja su unidad?

UNION Y FECUNDIDAD EN EL MISTERIO DEL AMOR

La unión de los esposos y la fecundidad aparece de este modo como los dos aspectos del mismo misterio del amor. Nuestros contemporáneos, que ayer tenían la inclinación de subrayar en el matrimonio su valor instrumental al servicio de la familia, y que hoy se sienten llevados a exaltar la pareja en detrimento de la institución familiar, ¿sabrían superar este dilema?

Se trata, según nos parece, de una tarea importante para los cristianos; el *comprender*, en su raíz, *la unidad de estos dos aspectos*, de suerte que ella inspire todavía sus decisiones y sus conductas, cuando una diferencia de criterio más acentuada del uno y de la otra les parecería más necesaria, en la línea de una paternidad responsable. «Por medio de la entrega personal y recíproca, que les es propia y

exclusiva, los esposos tienden a la comunión de sus seres con miras a una mutua perfección personal para colaborar con Dios en la generación y en la educación de nuevas vidas» (*Humanae Vitae*, n. 8). Con mayor razón, *el fruto de su amor, cuando está concebido, escapa al arbitrio de su aceptación o de su rechazo; de ahora en adelante espera su respeto, su protección, su ternura, su ayuda.*

El hijo sigue siendo la honra y la alegría de sus padres, al mismo tiempo que será una invitación permanente al desprendimiento. Este desprendimiento, comenzado con el nacimiento, se continúa a lo largo de toda una educación, que aspira en el amor al desarrollo de una personalidad consciente y libre.

ACTUALES DIFICULTADES ENTRE PADRES E HIJOS

Ciertamente, no dejaréis de subrayar que existen hoy dificultades mayores, a veces angustiosas, en la relación de los padres con sus hijos. Para *remediar semejante crisis, la simple afirmación de los principios más sólidos no basta, y la Iglesia deposita gran confianza en el estudio inteligente de los hombres de corazón.* No son, ciertamente, el afecto y el coraje lo que falta. Pero *los padres a veces se sienten anonadados por tales incertidumbres sobre el derecho de su labor de padre y de madre; que son arrastrados hacia una especie de renuncia práctica, agravada por el hecho de que son, sobre todo el padre, cada vez menos presentes y operantes.* En cuanto a los hijos, cuando crecen, se convierten fácilmente en presa de una crisis de confianza que, más allá de sus padres, se extiende a la totalidad de los adultos. Sufren por el hecho de no acceder a la autonomía, cuando la formación profesional prolonga su adolescencia; presienten también que la sociedad de sus an-

tepasados los deja en una gran inseguridad respecto a su futuro, y en una profunda incertidumbre sobre las razones de vivir.

Ante semejante situación, parece posible hacer comprender, por análisis convincentes, que la *función de autoridad, en la educación como en otras cosas, es verdaderamente generadora de cohesión personal y de lazos sociales; en la medida, al menos, en que no se reduzca a un papel de guardiana de un conformismo moral exterior, o a la defensa de un orden social y económico fundado sobre razones dudosas.* Frente al pluralismo, al que toda familia está abocada, los padres, el padre en particular, tienen una misión capital, original, que consta de tres elementos inseparables: *una autoridad que no teme la firmeza; el testimonio de un amor sincero y personal que, por sí mismo, llama al otro a la superación; y la puesta en práctica de un diálogo que enseña al adolescente a madurar, al menos, una decisión en común.*

LA HERENCIA RELIGIOSA

Ciertamente, un nuevo estilo de relaciones no resolverá todas las dificultades. Muchos padres que se han esforzado en adoptarlo se sienten preocupados por la evolución de sus hijos, concretamente en el plano religioso. Experimentan que la fe no se transmite como una herencia, la familia cristiana debe hacer cuanto esté a su alcance para suscitar en la joven generación una adhesión personal a Cristo, que podrá expresarse de otra forma; pero su misión, a semejanza de la de la Iglesia, es la de ser el lugar privilegiado del testimonio del amor de Dios. Es a los jóvenes a los que corresponde continuar en este camino, libremente, respondiendo a la gracia y a los padres, es decir, sembrar en la esperanza, con el apoyo y la colabora-

ción de amigos adultos o jóvenes, o de comunidades más amplias que el hogar.

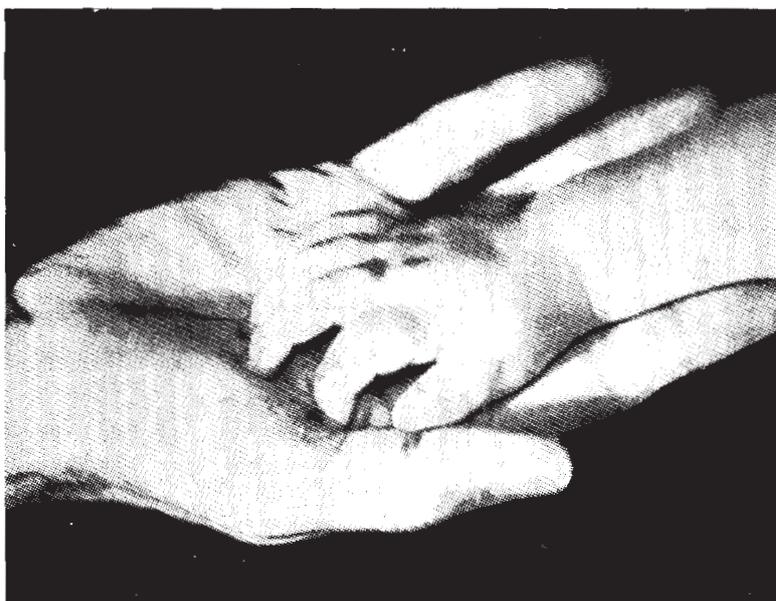
Precisamente para los padres, la labor no se facilita, ciertamente, por el hecho de que la pareja conyugal y la familia limitada a los niños se han aislado de la familia en sentido amplio.

Según este modelo restringido, relativamente reciente, las familias han podido ganar en él en autonomía y en intimidad, preocupándose en la mayor me-

pios hijos. Una reflexión juiciosa y profunda os espera, a fin de que las características de esta apertura, que constituye un factor de equilibrio y de desarrollo, al mismo tiempo que un deber, sean prudentemente definidas y adecuadamente situadas.

LA FRATERNIDAD Y LA SOCIEDAD

Finalmente, si el hogar aparece de este modo como el lu-



da posible por la formación de sus miembros, como en una fortaleza o, al menos, como en un refugio afectivo. Y ante el funcionamiento burocrático y anónimo del sector público, semejante privatización de la familia podría incluso acentuarse. Pero, ¿quién no lo ve?, estos hogares se encuentran igualmente en ocasiones ante situaciones y tareas que los desbordan.

Porque *el mismo hogar tiene necesidad de un ambiente, de relaciones de afecto, de amistad, de ayuda mutua.* Se observa hoy día una búsqueda comunitaria que merece atención; dicha búsqueda es conforme, por otra parte, a la lógica del matrimonio, cuya apertura hacia un tercero no se detiene en los pro-

gar privilegiado, donde pueden establecerse relaciones unificadas y fecundas entre las personas, superando el deseo y la agresividad, ¿no es la sociedad toda la que se podrá beneficiar de ello? Ciertamente, sería un malentendido comprender aquí que la sociedad económica y política se desarrolla sobre el modelo de la familia y de acuerdo con la misma lógica. Las relaciones de fuerza, las tensiones, que surgen al principio y en el desarrollo de toda existencia social, introducen en ésta una lógica propia y problemas específicos, que hacen de la sociedad y del Estado algo distinto de una gran familia. Se deduce que la relación de fraternidad, nacida de la paternidad y de la maternidad, contiene un poder



de conciliación y de unidad que interviene, a todos los niveles, en la sociedad.

A partir de entonces, la familia, ya se trate de relaciones entre esposos, entre padres e hijos, entre el hogar y el exterior, es como el crisol en el que las tensiones entre autonomía y comunión, entre fusión y oposición, entre unidad y alteridad, entre permanencia y renovación, son vividas a un nivel privilegiado y original, y encuentran continuamente una superación fecunda, en el amor y en la esperanza. ¿No hay que ver allí no sólo la fuente de sentimientos generales, sino el principio objetivo de una génesis humana, capaz de ejercer una función decisiva e insustituible en el seno de la sociedad?

Igualmente, *un Estado, consciente de deber a las familias las mejores energías creadoras del entramado social, no limitará su ayuda solamente a las condiciones económicas de su existencia.* Sin arrogarse derechos sobre la autonomía de una realidad, que no puede producir ni reemplazar, tratará de favorecer su desarrollo cultural, su vitalidad social, su salud moral y espiritual. Invitará a las familias a que pongan en marcha los servicios adecuados, y las alen- tará por medio de instituciones

jurídicas a la altura de semejante cometido.

Séanos permitido llamar aquí la atención sobre el problema de tantas familias de emigrantes. Estas familias, frecuentemente muy numerosas, tienen vocación, por su parte, de educar a los hombres de mañana; con frecuencia también sufren un gran aislamiento cultural y afectivo, y a veces una marginación inhumana. ¿Por qué la totalidad de las familias del país no se sentiría afectada por esta situación innecesaria? Tarea inmensa y delicada que exige mucho corazón con iniciativas lúcidas y valientes.

EL SENTIDO QUE AÑADE EL CRISTIANO

A todos los hombres de nuestra época, semejantes reflexiones podrían parecer ya como fundadas en razón y significativas para cada uno. Pero el cristiano, a la luz de la fe, encuentra en ellas un sentido más profundo todavía. Para él, la relación del hombre y de la mujer se revela como continuadora, en cierto modo, hasta los confines del universo, de la alianza del Hijo de Dios y de la Iglesia, su Esposa; por la cual El se encarnó y entregó su vida, y en

la cual nos hemos reunido en un solo Cuerpo. De igual manera, el *matrimonio cristiano, meditando el misterio de amor que caracteriza las relaciones entre las tres Personas Divinas, no sabrá permanecer replegado sobre sí mismo, sino que debe abrirse normalmente al hijo, a la familia, a la sociedad.*

Aproximado al otro camino que se le ofrece, el camino de la castidad observada con miras al reino de Dios, y en unión con él, el matrimonio le descubre toda su verdad: no es un destino que se impone, sino una elección libre, y simboliza verdaderamente esta unión de Cristo y de la Iglesia, en la que se inserta nuestra común vocación. En este misterio, el cristiano encuentra un nuevo motivo de esperanza y fuerzas para avanzar, en la unidad del espíritu y del cuerpo prometido con la gloria de la Resurrección, hacia la plena verdad y libertad de los hijos de Dios. Lo que la reflexión auténticamente humana sobre la relación del hombre y de la mujer y sobre la familia le representa como un exigencia difícil, termina por convertirse, en la fe y en la esperanza cristiana, en el deseo más querido.

EL MATRIMONIO, INDISOLUBLE

Y aquí, concretamente, se aclara la *profunda verdad de la institución del matrimonio indisoluble. Para un cierto número de hombres, hoy día afectados por la precariedad de nuestra condición y los azares de tiempos inciertos, un compromiso de carácter definitivo parece imposible, y hasta incluso contrario a la razón.* Ninguna sociedad, antes del cristianismo o fuera de él, a lo que parece, se ha atrevido a establecer con todo rigor semejante institución, aunque corresponde al deseo secreto del corazón humano, íntimamente orientado a querer el

matrimonio como una unión que dura siempre.

Pero de este sentimiento al sacramento del matrimonio indisoluble existe una distancia que solamente es traspasada en Cristo y por El. En efecto, una unión que consiste en un reconocimiento y en un consentimiento mutuo, que llegan hasta la raíz de los seres, por encima de sus méritos o de sus desméritos, por encima de lo que hacen o dejan de hacer, no puede estar fundada sino sobre Aquel que es el principio, el centro y el fin del tiempo. El sólo puede asegurar a los cónyuges, contra los cambios que sobrevienen durante una larga historia en los sentimientos, las ideas, las cualidades y los defectos, y hasta en las mismas conductas. En la fe, los esposos se prometen fidelidad, por encima de todas las vicisitudes que pudieran turbar su vida común. Y por la esperanza saben que el Señor les dará la fuerza de amar y, en caso necesario, de perdonar lo imperdonable; El, que ha sido el primero en amarnos (cfr. 1 Jn., 4, 9-10; Rom., 5,6-8). ¿No es éste el secreto y el trampolín del dinamismo de su amor, de un amor que es, en este mundo, el testigo del Amor indefectible de Dios?

* * *

Ojalá que estas reflexiones, apenas esbozadas, puedan estimular la seriedad de vuestro estudio e interesar el trabajo de la próxima Semana Social en caminos sobre los cuales los hogares, y todos los que comprenden la importancia de la familia, encuentren luz, fuerza y esperanza. El Santo Padre os alienta vivamente a poner de relieve, al término de un análisis penetrante y en la docilidad al Espíritu Santo, los jalones positivos que permitan a los esposos, a los padres, a los hijos, el que reconozcan y cumplan su vocación original. Formulando estos votos en la oración, expresa su es-

tima y su confianza en los beneméritos organizadores, conferenciantes, responsables de «mesas redondas» y a los participantes reunidos alrededor de usted y de monseñor Pablo José Schmitt. Y les envía de todo corazón su bendición apostólica.

Feliz por ser, ante usted, el

intérprete del Santo Padre, le hago llegar, señor presidente, con mi fiel recuerdo y mis votos fervientes en favor de los trabajos de la Semana Social de Metz, mi cordial respecto en Nuestro Señor.

Juan, card. VILLOT

La familia en el ideario de los propagandistas (Punto 10)

En la concepción cristiana, la familia es, a un tiempo, la expresión del amor y la escuela para el amor. Ningún otro ámbito exige más imperiosamente que se realice la frase de Jesús: "mejor es dar que recibir" (Hechos de los Apóstoles, 20, 35).

Sólo en la plena entrega mutua—que entre los esposos se expresa especialmente por la donación física—, en la que el interés de los demás sea antepuesto al propio, y todo egoísmo quede eliminado, encontrará la familia su fundamento incommovible, a través de la inevitable evolución de las formas concretas de su estructura, que exige un constante esfuerzo de comprensión entre todos sus miembros.

En ella, el amor de los padres a los hijos no debe tender a la absorción de su personalidad, ni a constituir la familia en un círculo cerrado, sino a educarlos en el amor a todos.

Y es en la familia donde se transmiten, más con el ejemplo que con la palabra, y sin necesidad de coacción alguna, los fundamentos de la concepción cristiana de la vida.

En el cultivo de unas relaciones familiares profundamente inspiradas en el Evangelio, verán los miembros de la Asociación otra de las dimensiones básicas de su espiritualidad.

Espiritualidad

SEGLAR

APUNTES PARA UNA MEDITACION SOBRE "EL AMOR DE DIOS"

Ferrater Mora dice en su *Diccionario Filosófico* que en la antigüedad se concebía casi siempre el amor como aspiración de lo menos perfecto hacia lo más perfecto. En cambio el Amor en el sentido cristiano, el Amor de Dios a los hombres, es justamente la tendencia de lo superior y de lo perfecto a descender hasta lo inferior e imperfecto, pero no en cuanto tendencia de identificación con él, sino como resultado de una superabundancia de lo perfecto...; es amor por el amor mismo y no por la mera apetencia de lo amado; que no necesita y, sin embargo, ama. Es el carácter más propio de la divinidad. Dios ama sin necesitar nada; y al amar, se desprende de lo que es su esencia para dar de ella a quien no la posee.

Por su parte, Zubiri, en *Naturaleza, Historia, Dios*, págs. 409 y siguientes, dice que «El ser de Dios, en su última realidad es un amor efusivo y su efusión tiene lugar en tres formas: Se efunde en su propia vida personal (la Trinidad); se proyecta exteriormente creando las cosas y se da a sí mismo a la creación para asociarla a su propia vida personal en la deificación». Dios, en efecto, es Amor: Agapé. «Hay una diferencia profunda entre 'agapé' y 'eros'. El 'eros' saca al amante fuera de sí para desear algo de que carece... En el 'agapé', en cambio, el amante va también fuera de sí, pero no *sacado*, sino libremente donado; es una donación de sí mismo; es la efusión consecutiva a la

plenitud del ser que ya se es. Si el amante sale de sí, no es para buscar algo, sino por efusión de su propia sobreabundancia...; no se inclina por naturaleza, sino que se otorga por liberalidad».

«Que amó tanto Dios al mundo, que dio su Hijo único, para que todo el que crea en él... tenga vida eterna» (Jn. 3, 16). «Por eso mi Padre me ama, porque doy mi vida por mis ovejas... Nadie me la arranca, sino que Yo la doy voluntariamente, y soy dueño de darla y de recobrarla de nuevo» (id. 10, 17 y 18). «Yo les he amado a ellos como Tú me has amado a mí... para que el amor con que Tú me has amado esté en ellos y yo en ellos» (idem 17, 23 y 26). «Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo» (id. 13, 1). «Que como yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a los otros» (id. 13, 34). «Como el Padre me amó, yo también os he amado a vosotros» (id. 15, 9). «Vuestro Padre celestial hace salir su sol sobre malos y buenos y llover sobre justos e injustos» (Mt. 5, 45). Porque el Altísimo «es bueno con los ingratos y los perversos» (Lc. 6, 35).

Esta es la benevolencia, la complacencia de Dios con sus criaturas:

Ya vemos en el Génesis cómo Dios, al crear el Universo, con sus tierras y sus aguas, con su firmamento, sus plantas y animales, se iba complaciendo en cada una de sus criaturas. Y en su suprema efu-

sión dijo: «Hagamos al hombre a imagen nuestra, según nuestra semejanza...» Y lo bendijo. Y «vio Dios que todo cuanto había hecho estaba muy bien» (Gen. 1). Y la lectura de todo este capítulo sugiere el infinito amor y complacencia de Dios para con el hombre: No quedó aún satisfecho con lo que le había dado. Pensó que no era bueno que estuviera solo: «Voy a hacerle una ayuda adecuada... y formó del suelo todos los animales del campo y todas las aves del cielo y los llevó ante el hombre para ver cómo los llamaba». Y no resultó aún una ayuda adecuada y «formó una mujer y la llevó ante el hombre...» Y entonces éste se sintió contento y dijo el primer piropo: «Esta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne...»

Y «Yahvé Dios se paseaba por el jardín a la hora de la brisa», sin duda a complacerse en las maravillas de su creación y especialmente en la felicidad de Adán y Eva, sin pecado, sin ambiciones, sin enfermedades ni muerte. Y cuando su justicia hubo de castigar, ya decidió la Redención, con la entrega de su único Hijo, para volver a traer a sí aquellos hombres a los que no necesitaba y que tan ingratamente le habían correspondido y seguirían correspondiendo hasta el fin del mundo. Amó, pues, Dios siempre: cuando el hombre, por su pecado, se había hecho miserable, reo de culpa y merecedor de castigo. Ejemplos en la Biblia del deseo constante en Dios de perdonar:

basta un santo entre tantos pecadores para que constituya motivo de perdón.

En los Profetas, así como Amós identifica el mensaje de Yahvé con la justicia estricta y hasta inexorable, Oseas, sin negar las exigencias del Dios justo predicado por Amós, revela y pone en primer plano el Dios de Misericordia. La grandeza de Oseas, dice Louis Bouyer en *La Biblia y el Evangelio*, pág. 84, consiste en haber sido «el anunciador de la misericordia, más exactamente del amor misericordioso de Yahvé. Introduce en el mundo el germen de lo que llegaría a ser la revelación evangélica por excelencia, el 'agapé', este amor de Dios creador y redentor que la cruz nos revelará mejor que ninguna predicación». Oseas, esposo al parecer de una mujer indigna, y profundamente enamorado de ella, sin aceptar ninguna de sus faltas ni cerrar los ojos ante ellas, quería salvarla de tal indignidad y recuperarla pura como el primer día tan sólo a fuerza de amor, por la persistencia —contra toda lógica— de su propio amor «que se sentirá con fuerzas para transfigurar, no de una manera ilusoria, sino en realidad, al ser amado», por muy indigno de este amor que la viera (ídem, página 85). Y «a través de esta experiencia de su propio corazón, Oseas descubrirá lo que es, lo que puede, el corazón de Dios hacia el hombre injusto..., su perdón» que «no es un olvido de las exigencias de la justicia», sino «la fuerza creadora que hará posible lo imposible, que realizará la obra inaudita del amor misericordioso»; por encima incluso del amor justo y merecido (ídem, pág. 86).

Dolido y enojado y ofendido, seguirá amando a su mujer y cuidando de ella y procurando volverla al buen camino: «Irás ella en pos de sus amantes» pensando «que son los que me dan mi pan y mi agua, mi lana, mi lino, mi aceite y mi bebida», cuando en realidad, dice Oseas, «yo le cerraré la salida con un seto de espinos, la cerraré con una pared y ella no hallará paso. E irá en pos de sus amantes y no los encontrará, los buscará y no los

hallará» y entonces «dirá: iré y volveré a mi primer esposo, pues mejor me iba entonces que ahora. Y no sabía ella que fui Yo quien le dio el trigo y el vino y el aceite y el que le dio la abundancia de plata y de oro...» (Oseas, 2, 5 a 8).

El pecado, entonces, ante quien así nos ama y cuida de nosotros y nos guía y nos protege, «no es ya la simple transgresión de la regla, sino la infidelidad, la falta de respuesta al amor» (Bouyer, pág. 90); a ese amor misericordioso de Dios que «no espera a que el hombre deje de ser injusto para amarlo, sino que ya le ama en su injusticia. Como dirá San Pablo: "Dios

mos preciosos ejemplos de la misericordia y del amor de Dios: «Cuando te invocare, escúchame, Dios de mi justicia, — que en la tribulación me aliviaste; — apiádate de mí y escucha mi oración... — el Señor me oirá cuando le invocare... — esperad en el Señor... — Diste a mi corazón una alegría... — porque tú sólo, Señor, — me infundes seguridad» (Salmo 4). «Porque Tú, Señor, bendecirás al justo; — con tu benevolencia, como escudo, le rodearás» (Salmo 5). «El Señor será refugio al oprimido, — refugio oportuno en tiempo de angustia. — Y esperarán en Ti los que conocen tu nombre, — pues no abando-



probó su amor hacia nosotros en que, siendo pecadores, murió Cristo por nosotros" (Rom. 5, 8)». No espera para amarnos a que seamos justos, porque sabe que «su amor es precisamente la única fuerza que nos volverá justos. Si el amor de Dios es inmerecido, es precisamente porque es creador. Y su poder creador es tal que puede convertir en justo al ser más culpable...» (Bouyer, págs. 90 y 91). «Lo esencial que debemos retener de la Biblia y del Evangelio... es la... noción de la intimidad, de la familiaridad y, sobre todo, de la benignidad infinitamente paciente y compasiva de Dios hacia su pueblo...» (ídem, pág. 94).

Del mismo modo que acabamos de verlo en el Antiguo Testamento, encontramos también en los Sal-

nas a los que te buscan, Señor» (Salmo 9). «El Señor se hizo mi fortaleza, — y me sacó a campo espacioso, — me salvó porque me ama» (Salmo 17). «El Señor me apacienta: nada me falta; — en verdes pastos me hace recostar». — «La benignidad y la gracia me acompañarán — todos los días de mi vida» (Salmo 22). «Acuérdate de tus piedades, Señor, — y de tus misericordias, que son eternas. — De mis pecados... no te acuerdes; — según tu clemencia, acuérdate de mí Tú, — por tu bondad, Señor... — Mírame y apiádate de mí, porque estoy solo y desvalido» (Salmo 24). «El Señor es mi luz y mi salud: ¿a quién temeré? — Si mi padre y mi madre me abandonaran, — el Señor, con todo, me recibirá» (Salmo 26). «Alabad al Señor todas las

gentes, — ensalzadle todos los pueblos. — Porque grandiosa es con nosotros su misericordia — y la fidelidad del Señor permanece para siempre» (Salmo 116). «Confío en el Señor... — porque hay en el Señor misericordia, — hay en El abundante redención» (Salmo 129). «Alabad al Señor, porque el Señor es bueno — cantad a su nombre porque es suave» (Salmo 134). «Alabad al Señor, porque es bueno, — pues su misericordia es para siempre» (Salmo 135). «Señor, tu bondad permanece para siempre: — no abandones la obra de tus manos» (Salmo 137). «Por la espalda y de frente me rodeas, — y tienes puesta sobre mí tu mano... — ¿Adónde iré lejos de tu espíritu? — ¿y adónde huiré de tu rostro? — Si subiere al cielo, allí estás; — si me tendiere en el infierno, estás presente. — Si tomare las alas de la aurora, — si habitare el confín del mar: — también allí me guiará tu mano, — y me asirá tu diestra» (Salmo 138). «El sana a los quebrantados de corazón, — y venda sus heridas» (Salmo 146)... Y tantos otros.

Y si venimos al Nuevo Testamento, puede decirse que es el Libro Santo de la misericordia y del amor de Dios. Recordemos las parábolas del hijo pródigo; del dracma y de la oveja perdidos; la actitud de Cristo con los pecadores y con los que sufren. Su predicación constante de la caridad. El Sermón de la Montaña. Recordemos también a San Pablo, muy especialmente por su canto al amor en I Corintios, 13.

Una referencia a Nuestra Señora: Si, como dice Buytendijk en *La mujer*, al hombre le caracteriza el trabajo y a la mujer el cuidado, la ternura, la «solicitud cuidadosa», en contraste con la agresividad masculina, parece lógico que las mujeres perciban más fácilmente que los hombres este concepto del amor desinteresado y efusivo. Su ternura irá espontáneamente dirigida normalmente a algo o a alguien que, por su fragilidad (sea real o supuesta), necesita cuidados y protección y a quien quiere elevar, mejorar o completar. Se da, pues, este amor más desinteresadamente; no

exige necesariamente reciprocidad; es verdaderamente — al menos en parte — efusión gratuita. Esto hace que nosotros, muchas veces, veamos más fácil acudir, como paso inicial de nuestro acercamiento a Dios, a Nuestra Madre y Señora. Puede ser la llave que abra el portillo de aquello que quedó como escondido y enterrado de nuestra niñez, por más frágil, menesteroso y necesitado de protección, que nos conduzca al desarrollo y afianzamiento de nuestra fe y de la imagen de Dios en nuestro corazón. Puede ser nuestro auxilio más seguro, por ser la Madre más tierna y la mujer virginal que representa, entre todas las mujeres y todas las madres, a la humanidad ante Dios (Buytendijk, págs. 335 y 336). Ya hemos visto cómo Dios consideró que no era bueno dejar solo al hombre, que éste necesitaba cuidados y atenciones de otra criatura más tierna, más sensible que, al completarle, le hiciera sentir también, con su amor, el amor de Dios.

A lo largo de nuestra vida, hemos experimentado olvidos, omisiones, cobardías, egoísmos. Sólo el Amor de Dios es capaz de soportar y perdonar tanto. «¿Qué tengo yo que mi amistad procuras?» Y sólo la intercesión de Nuestra Madre puede explicar esta fidelidad a través de tantas claudicaciones, arideces y soledad. Los que de niños vimos alumbrados aquellos años por el «lucero» de la Virgen del Recuerdo y la llamamos «estrella salvadora» prometiéndola no negar nunca que la amamos y nos amó y que fuimos sus hijos, hemos experimentado indudablemente la certeza de su protección y de su cariño. Y nos complace y nos conforta, llegados ya a la vejez, comprobar la certeza de aquel Amor y de esta protección y volver a hacernos pequeños y necesitados para refugiarnos en esta devoción. Porque «Yo te glorifico, Padre..., porque has tenido ocultas cosas a los sabios y prudentes, y las has revelado a los pequeños... Venid a mí todos los que andáis agobiados con trabajos y cargas, que Yo os aliviaré...» (Mt. 12, 25 y 28). Y «lo esencial de la Ley es la justicia y la miseri-

cordia» (íd. 23, 23). Y «En el amor a Dios y al prójimo, están toda la Ley y los Profetas» (íd. 22, 39 y 40). Ya en el Eclesiástico aparece la idea de que los misterios de la sabiduría no los conocen los sabios que se glorían de serlo, sino los humildes a los que Dios los revela (3, 19). Y en Lucas se dice que el Altísimo es bueno aun para los ingratos y malos (6, 35 y 36); y ¡Ay de vosotros, doctores, que os habéis reservado la llave de la ciencia! (11, 52).

JULIO MONSALVE



UN LIBRO
DEL
C. E. U.

En BILBAO

no todo son brumas

El BOLETÍN, con el deseo de ofrecer a sus lectores ideas claras, recoge en esta ocasión, del Boletín del Obispado de Bilbao (mayo 1972), la pastoral de monseñor Añoveros, obispo de aquella diócesis, que resume con brevedad y muy diáfano su postura respecto a varias de las cuestiones que hoy se presentan al católico, en muchas ocasiones, bajo el oscuro celaje del confusionismo.



PASTORAL DE MONSEÑOR AÑOVEROS

SALIENDO AL PASO DE ALGUNAS DESVIACIONES

Me siento obligado a salir al paso de algunas desviaciones que se airean en ciertas revistas y escritos, en algunas conversaciones y lecciones y que pueden afectar a la fe y a la moral.

Vaya por delante que quien no tenga el respeto debido a la doctrina del Magisterio de la Iglesia, no debe ser un educador de la fe.

Sembrar la semilla de atrevidas opiniones, que, en muchas ocasiones, apenas tienen más valor que el de su novedad, es un pecado, casi siempre de ligereza, a veces contra la prudencia sobrenatural, otras, contra la verdad y en no pocas ocasiones constituye verdadero escándalo.

Los investigadores de la teología harán muy bien en proseguir sus trabajos de desarrollo, profundización, actualización y clarificación del mensaje cristiano. Un investigador serio jamás lanzará a la corriente publicitaria ensayos de opinión si no están fundamentados en sólidas razones y en adecuación al Magisterio. Pesa con ponderación la proclividad del pueblo a admitir lo novedoso, lo que abre fisuras en cuanto se relacione con lo normativo. Sabe muy bien que la norma recta, dictada por la competente autoridad, es la salvaguarda del bien común, del respeto mutuo, de la convivencia pacífica, de la unidad necesaria en la Iglesia, de la caridad que nos integra en comunidad. Conoce

perfectamente todo el valor de la doctrina del Magisterio, a la que quedan subordinados los carismas particulares.

No se lanza a la aventura de atropellar razonables tradiciones, guardando sumo respeto a las posibilidades diversas de evolución, de renovación, de los distintos grupos cristianos. Cultiva con esmero las comunidades cristianas de signo renovador en clima de fraterna comprensión y ayuda a los grupos más retardados, abriendo así, precisamente, caminos progresivos de renovación.

La comprensión promueve la renovación; la incomprensión, el endurecimiento de posturas; la agresividad, la ruptura entre los cristianos.

¡Tremenda responsabilidad la que contraen quienes con pretextos de nuevas doctrinas o actitudes inmovilistas, quiebran la unidad en el pueblo de Dios!

Despertar, animar o anclar conciencias, a costa de socavar los fundamentos de la unidad o del amor, es un claro atentado contra el Evangelio.

Sobre el sacramento de la Penitencia.

Se deteriora el sacramento de la Penitencia, cuando se presentan como ensayos admitidos o aprobados las absoluciones generales, las manifestaciones de los pecados en grupo o colectividad.

En esta materia, son condiciones ne-

cesarias, según la disciplina vigente de la Iglesia, para recibir dicho sacramento: el arrepentimiento sincero del penitente, la expresión personal de los pecados al confesor en el secreto de la confesión, la absolución privada del confesor al penitente y el cumplimiento fiel de la penitencia. Son laudables las celebraciones comunitarias de la penitencia como preparación y estímulo para situar al penitente en las mejores condiciones a la recta recepción del sacramento de la Penitencia, según lo expuesto anteriormente, de manera especial en orden a la conversión o arrepentimiento, condición esencial para alcanzar el perdón.

Sobre la Eucaristía.

Son inadmisibles, erróneas sin ambages, las teorías que ponen en duda la permanencia de Cristo en las especies consagradas, después de la Misa.

La Iglesia ha proclamado esa presencia, siempre, a través de diversos Concilios y documentos solemnes y la proclama actualmente por boca de Pablo VI.

«La existencia única e indivisible del Señor en el cielo no se multiplica, sino que se hace presente por el sacramento en los numerosos lugares de la tierra donde se celebra la Misa. Y sigue presente, después del sacrificio, en el Santísimo Sacramento que está en el tabernáculo, corazón viviente de cada una de nuestras iglesias. Es para nosotros un dulcísimo deber honrar y adorar en la Santa Hostia que ven nuestros ojos al Verbo Encarnado a quien no pueden ver y que sin abandonar el cielo se ha

hecho presente ante nosotros» (art. 19 del Credo de Pablo VI).

Sobre la Iglesia y la jerarquía.

El pueblo, aunque fuese unánime su consentimiento, no es el que determina cómo debe ser la Iglesia, ni tiene atribuciones para dar la misión de Cristo a sus pastores.

La doctrina es ésta: la Iglesia ha sido fundada sobre los apóstoles, transmitiendo de generación en generación su palabra, siempre viva, y sus poderes de pastores en el sucesor de Pedro y los obispos en comunión con él.

Los apóstoles no fueron mandatarios meramente humanos, sino divinamente autorizados. Ellos nombran a sus sucesores, les transmiten el pleno poder, mediante la imposición de manos.

La autorización no puede venir de la comunidad, sino sólo de un apóstol o de un autorizado o sucesor de apóstol, bajo el signo de la imposición de manos y oración.

Otra cosa es que se tengan en cuenta las opiniones válidas del pueblo, en la forma posible, por parte de la autoridad, a quien compete transmitir la misión.

Sobre los sacramentos.

Con sorprendente ligereza se generaliza sobre una concepción mágica de los sacramentos, como si no tuvieran otra eficacia que la otorgada a las disposiciones personales de fe y de conciencia del sujeto que los recibe.

El sacramento no es realizado por la justicia del hombre que administra o recibe el sacramento, sino por la fuerza o virtud de Dios. La Escritura asegura que al ser puesto el signo externo es concedida la gracia interior y justamente por la realización del signo. Este efecto de los sacramentos es muy ajeno a la magia, porque no son los signos sacramentales los que salvan, sino que es Cristo y el Espíritu Santo quienes obran la salvación, precisamente mediante esos signos, porque así lo ha querido el mismo Cristo.

Ahora bien, aunque los sacramentos obren en virtud de la acción del Espíritu, de Cristo, su eficacia depende también de la fe del que los recibe.

De ahí el interés de los pastores, para que los fieles valoren y se esfuercen por activar más y más su actitud de fe y de amor, a la hora de acercarse a los sacramentos.

La Iglesia no es sólo culto.

Es también una desviación optar por una Iglesia y vida cristiana verdaderamente cultural.

La Iglesia promueve el culto, la vida sacramental y de oración, los encuentros con los fieles para servirles la palabra de Dios, para celebrar el gran misterio eucarístico.

Ahora bien, toda esta gran riqueza

debe potenciar la vida de los cristianos para que sean testimonio acendrado, ante Dios y ante el pueblo, en orden a las exigencias de la verdad, de la justicia, del amor, del Evangelio.

Porque, como enseña el Concilio Vaticano II, todos los cristianos, donde quiera que vivan, están obligados a manifestar, con el ejemplo de su vida y el testimonio de la palabra, el hombre nuevo, de tal forma que todos los demás, al contemplar sus buenas obras, glorifiquen al Padre y pereiban con mayor plenitud el sentido genuino de la vida humana y el vínculo universal de la unión de los hombres.

Culto y vida no son dos concepciones distintas de Iglesia o de actitud cristiana.

En cristiano, no se entiende el culto si no es para la vida, ni las acciones de auténtica práctica evangélica si no están alimentadas en las fuentes de la gracia, de la intimidad con Dios.

Sobre la Liturgia.

Estamos en una línea conciliar de reforma litúrgica, de tal manera que los textos y ritos se ordenen y lleguen a expresar con mayor claridad las cosas santas que significan, y, en lo posible, el pueblo cristiano pueda comprenderlas fácilmente y participar en ellos por medio de una celebración plena, activa y comunitaria.

Mucho se ha adelantado en este sentido, desde que se promulgó la Constitución conciliar sobre la sagrada Liturgia.

Diariamente comprobamos, en nuestra querida diócesis, el esfuerzo notable del clero diocesano, religiosos, religiosas y fieles, por desarrollar la renovación litúrgica, de acuerdo con las normas de la Iglesia.

No faltan innovadores, pienso que de buena voluntad, que, con el pretexto de experiencias, de ensayos, alteran la reglamentación de la sagrada Liturgia, produciendo desorientación, confusión.

Conviene recordar que «la reglamentación de la sagrada Liturgia es de la competencia exclusiva de la autoridad eclesiástica; que ésta reside en la Sede Apostólica, y en la medida que determine la Ley, en el obispo, o en las competentes asambleas territoriales de obispos.

»Por lo mismo, que nadie, aunque sea sacerdote, añada, quite o cambie cosa alguna por iniciativa propia en la Liturgia» (C. Conciliar de la sagrada Liturgia).

Por lo que hace a nuestra diócesis, las experiencias o ensayos en esta materia, únicamente podrán ser realizados con nuestra previa autorización escrita, o la de nuestros vicarios generales, y, como es natural, dentro de los límites de nuestra competencia.

Rogamos encarecidamente a los párrocos, rectores de iglesias, superiores y superiores de casas religiosas, centros educativos, así como a directores de otras instituciones, donde se celebren actos li-

túrgicos, para que velen diligentemente por el cumplimiento de lo indicado.

El valor de la conciencia y de la norma.

Hay quienes pretenden erigir en norma suprema y única de conducta la de su conciencia.

Bien enseña el Concilio que en lo más profundo de su conciencia descubre el hombre la existencia de una ley, que él no se dicta asimismo, advirtiéndole que debe amar y practicar el bien y que debe evitar el mal.

Se ha llamado a la conciencia sagrario del hombre, en el que éste se siente a solas con Dios, cuya voz resuena en el recinto más íntimo de aquélla. Es la conciencia la que de un modo admirable da a conocer esa ley, cuyo cumplimiento consiste en el amor de Dios y del prójimo.

La conciencia no juzga en modo alguno los principios de la ley natural o divina, constata si el acto a realizar se ajusta o no a aquellos principios.

Cuanto mayor sea el predominio de la recta conciencia, como advierte el Concilio, tanto mayor seguridad tienen las personas y las sociedades para apartarse del ciego capricho y para someterse a las normas objetivas de la moralidad.

La norma es salvaguardia de la buena conciencia, que antepone el valor objetivo de los hechos a las formulaciones subjetivas, tantas veces opuestas a la objetividad.

Sobre la sexualidad.

Hay quienes pretenden justificar las relaciones sexuales prematrimoniales o extramatrimoniales como una exigencia del amor, como si el amor fuese la razón suprema de la moralidad.

La palabra de Dios es contundente a este respecto. Dice el Evangelio: «Porque del corazón provienen los malos pensamientos... los adulterios, las fornicaciones... Esto es lo que contamina al hombre» (Mat. 15, 19-20). Dice San Pablo: «No os engañéis, ni los fornicarios, ni los adúlteros, ni los impúdicos, ni los sodomitas... poseerán el reino de Dios» (I Cor. 5, 9 y 10). «Bien manifestadas son las obras de la carne: impureza, fornicación, lascivia, orgías y otras cosas como éstas, de las cuales os prevengo, como antes lo dije, que quienes tales cosas hacen, no heredarán el reino de Dios» (Gal. 5, 19-21).

Con estas sencillas y escuetas reflexiones trato de ofrecer luz de verdad sobre algunos temas. Pido al Señor que al aceptarlas, supongan una orientación humilde para estos momentos, en los que aparecen puntas de cizaña entre el abundante y dorado trigo.

Tendremos ocasiones para tratar con más extensión y profundidad de estos y otros problemas, que tanto importan para que nuestro pueblo madure y crezca en la vida cristiana.

Muy de veras os bendigo,

† ANTONIO, OBISPO.

ESCUELAS DE FORMACION PROFESIONAL

PADRE PIQUER



Obra social
propia de la

**CAJA DE AHORROS
Y MONTE DE PIEDAD
DE MADRID**



**CON CAPACIDAD
PARA 1.500 ALUMNOS**

Dirigida por la **COMPAÑIA DE JESUS**



Fernando Guerrero

comenta

DOS RECIENTES E IMPORTANTES DOCUMENTOS

- ★ El «Comunicado de la Comisión Episcopal del Mundo Obrero a los obispos de la Conferencia Episcopal de Francia» (1 de mayo de 1972).
- ★ «I Encuentro Latinoamericano de Cristianos por el Socialismo».

Nuestro compañero Fernando Guerrero es hombre concienzudo en sus trabajos que suele documentar ampliamente, a la vez que los impregna de ecuanimidad, de sensatez. Su gran preocupación por los temas sociales, que domina con indiscutible autoridad, no le impide rehuir cualquier tentación demagógica. Su postura ante estas cuestiones es cristiana como él lo es de cuerpo entero.

Reproducimos aquí su artículo-comentario aparecido en «Ecclesia», en el mismo número (19-8-72) en que dicha revista reproduce el primero de los documentos, cuya extensión nos impide trasladar a nuestros lectores, y en el que Guerrero centra su comentario.

EL COMUNICADO DE LA COMISION EPISCOPAL FRANCESA

El primero constituye un documento de trabajo o, para expresarlo en los mismos términos del documento, es una «primera etapa de una reflexión de la Comisión Episcopal del mundo obrero en su diálogo con los militantes cristianos que han optado por el socialismo».

No es, por tanto, un documento doctrinal del magisterio, ni siquiera una reflexión definitiva de dicha Comisión Episcopal sobre el amplio problema de la fe y del socialismo.

Se reconoce expresamente que no se trata de un documento exhaustivo sobre un tema importante, cuya complejidad han descubierto mejor.

Los destinatarios del documento, según se desprende del título del comunicado, son los propios obispos de la Conferencia Episcopal de Francia. No ha sido redactado, por tanto, para los propios trabajadores, ni tampoco para el conjunto de la Iglesia. Se trata de un documento reservado para el uso de los obispos.

LA IGLESIA CONDENO REITERADAMENTE EL CAPITALISMO LIBERAL Y NO SOLO AL SOCIALISMO

El tema ha saltado a la polémica pública en el interior de la Iglesia, con amplias resonancias en la prensa mundial.

Nos referimos especialmente a dos documentos que se han hecho públicos en los últimos meses: el «Comunicado de la Comisión Episcopal del Mundo Obrero a los obispos de la Conferencia Episcopal de Francia»,

de fecha 1 de mayo de este año (y reproducido en *La Croix* del 5 de mayo), y el documento emanado del «I Encuentro Latinoamericano de Cristianos por el Socialismo», celebrado en la última semana del mes de abril, en Santiago de Chile, coincidiendo con la Conferencia de la UNCTAD. Vamos a centrar este artículo sobre el primer documento.

EL CONTENIDO DEL MISMO

El contenido se halla redactado en unos términos en que no siempre es posible distinguir las opiniones de los militantes cristianos, que han dialogado con los obispos, y el criterio que las opiniones de aquéllos merecen a los pastores de la Iglesia.

Se pueden leer en el texto del documento algunas expresiones que, recogidas por los obispos, dejan al corazón del creyente perplejo, confuso y dolorido, por su imprecisión y ambigüedad, en unos casos; y por lo que tienen de acusación injusta a la

Iglesia, en una formulación genérica e indiscriminada, sin matices ni precisiones históricas en relación con la conducta pasada.

Recogemos algunos párrafos, como demostración de lo que hemos afirmado:

«Cualquiera que sea el juicio emitido sobre las doctrinas socialistas y sobre los medios preconizados para realizar el paso del capitalismo al socialismo, se debería reconocer, al menos, lo que representa para tantos hombres y mujeres el ideal de la liberación al que se consagran desde hace más de un siglo, con un coraje, paciencia y generosidad extraordinarios. Sin embargo, hasta fecha muy reciente, *la Iglesia, por medio de sus pastores, ¡ha tomado en serio semejante proyecto humano? Reconozcámoslo. No hemos descubierto el matiz humano de este combate en favor de la justicia, que el mundo obrero libra desde hace tanto tiempo, por medio de tantos sufrimientos y sacrificios. Este silencio de los pastores de la Iglesia es difícil de comprender. Los militantes obreros nos lo han dicho sencilla y firmemente*» (Parte I, Ap., 2, 7).

«... Pero, teniendo en cuenta la firmeza de tales propósitos, ¿por qué —dicen numerosos obreros— no existen otra cosa que críticas raras y matizadas frente al liberalismo económico, cuyas obras y cuyos frutos se podían ver ya desde la primera mitad del siglo XIX? ¿Por qué, también, desde este período existe esta incapacidad a captar en su interior el proyecto de liberación humana puesto en práctica por los trabajadores en el movimiento obrero?» (Parte I, Ap., 3, 10).

«... Lo que ha sido también un sufrimiento para muchos obreros, es que en la Iglesia no haya sido verdaderamente reconocida—y ello de una forma explícita—la legitimidad del Movimiento Obrero, tanto en la concerniente a la defensa de los derechos como en favor de una promoción colectiva de los trabajadores». Sin duda, con posterioridad a León XIII, los Padres han hablado, pero nosotros oímos decir frecuentemente: «Una cosa son las palabras y otra muy distinta los hechos» (Parte I, Ap., 3, 11).

REACCIONES FRENTE AL COMUNICADO

Diversos periódicos, algunos cuyas tiradas desbordan el público francés, como *Le Monde* (5 de mayo) y *Le Figaro* (5 y 8 de mayo), han publicado amplios resúmenes.

El órgano comunista *L'Humanité*, bajo el título de «Cristianos y socialismo», recogió amplios extractos del documento (5 de mayo), subrayando que no se trataba de un acto político

de la Iglesia, sino de una búsqueda.

La revista *L'Homme Nouveau*, de orientación centro-derecha, con gran preocupación social, le ha dedicado, en dos números sucesivos correspondientes al 21 de mayo y al 4 de junio, dos amplios editoriales escritos por su director, M. Clement, con fuerte sentido crítico, aunque respetuoso en el tono y razonado en el fondo.

También la revista *Professions et Entreprises*, órgano del «Centre Chrétien des Patrons et Dirigeants d'Entreprise Français» (C. F. P. C.) ha hecho también una crítica, después de señalar que el documento ha sido explotado inmediatamente por la prensa. Recogemos a continuación algunos párrafos de esta nota de los empresarios cristianos franceses:

«Al igual que los obispos, estamos impresionados por esa convicción, en primer término, espiritual, que anima evidentemente a los militantes obreros con que se han reunido. Buen ejemplo para los cristianos de todos los ambientes esa voluntad de algunos de sus hermanos de unir su fe y su concepción del mundo económico, social y político. La esperanza cristiana quiere ser también una esperanza humana sometida a los valores evangélicos.

El «socialismo», ¿es eso?: ¿La atención a los más pobres, a los más desprovistos? Pero, ¿quién no estaría en pro de un socialismo cuyo fin sea «organizar la vida económica y social en servicio del desarrollo integral de todo hombre y de todos los hombres»? ¿Quién rechazaría una sociedad fundada «en el respeto de las aspiraciones a la libertad y la responsabilidad»?

Podría pensarse, pues, que al establecer una cierta compatibilidad entre socialismo y fe cristiana los obispos habrían buscado dar derecho de ciudadanía al socialismo, como hace años se lo dio la Iglesia a la «democracia». ¿No sería esto marcar al mismo tiempo los límites de la empresa? Porque ya se sabe qué sucede hoy con la democracia, reivindicada por todos los regímenes, incluidos las dictaduras políticas y militares.

Es preciso, por tanto, que nos preguntemos sobre el contenido más preciso del socialismo elegido por esos militantes cristianos. Aparece como un rechazo y una aspiración. «Todos los trabajadores con quienes hablaron rechazan el capitalismo». Ese es el rechazo, que es radical. No basta con condenar el capitalismo liberal, «es preciso condenarlo en sí mismo». Hay razón para preguntarse qué es lo que los obreros entienden por capitalismo. Si se trata de la propiedad privada de los medios de producción, algunas escuelas socialistas, no la ponen hoy en tela de juicio. ¿Es el socialismo la nueva traducción del colectivismo? Se puede dudar de ello. Entonces, ¿no es un medio de análisis inspirado en Marx?

En realidad, es difícil afirmarlo, porque el nivel de la aspiración, la opción socialista es bastante vaga. El singular místico (el socialismo) parece convertirse en un plural político (los socialismos). La opción socialista parece presentarse a los trabajadores cristianos en forma de una «necesidad... para mantenerse fieles a las exigencias de la justicia y de la solidaridad». Sin más demostración, tal afirmación es idealismo y subjetivismo. A lo sumo, es un estado de ánimo.

Interpelados de ese modo, los obispos subrayan en diversas ocasiones que la Iglesia no ha «descubierto la apuesta humana de este combate por la justicia»; que «el silencio de los pastores de la Iglesia es difícil de comprender». Sin embargo, desde la *Quadragesimo Anno* la «condición de los obreros» ha sido objeto de bastantes encíclicas, mensajes pontificios y cartas pastorales. De León XIII a Pablo VI, un examen cada vez más preciso de las relaciones económicas y sociales constituye una enseñanza que—llamada antes Doctrina Social de la Iglesia—podría parecer que ha perdido su contenido al mismo tiempo que su título. Así, a pesar de ciertas referencias, el texto deja la impresión de un vacío, doctrinal y experimental, ante «la aspiración socialista».

Es preciso destacar de nuevo que el texto publicado sólo constituye una primera etapa.

Hay razón, entonces, de preguntarse cómo va a prolongar el Episcopado sus investigaciones. En primer lugar, a nivel de los militantes cristianos obreros que no han escogido la opción socialista. Del texto del documento se podría deducir que es deseable una consulta a otras opciones: «Sin duda—dicen los obispos—no todos los trabajadores aceptan la orientación socialista», y citan otros comportamientos. Entre éstos, los hay que han demostrado su resolución de «mantener» su fidelidad a la enseñanza social de la Iglesia.

Pero, más allá de los ambientes obreros, ¿está dispuesto el Episcopado a acercarse a otros ambientes que han escogido la opción liberal, e intentar el mismo esfuerzo de comprensión y de simpatía, a pesar de las condenas que ha acumulado la Iglesia contra el liberalismo, de igual modo que contra el socialismo? De otro modo, ¿podría impedirse que se piense que la «comunicación es, más que un análisis, una "toma de partido"»?

«Una misma fe cristiana puede conducir a compromisos diferentes», decía Pablo VI en su carta al cardenal Roy. Y más arriba recordaba que «en las situaciones concretas... es preciso reconocer una legítima variedad de opciones posibles». Estamos llamados a un esfuerzo de comprensión recí-

proca de las posiciones y las motivaciones del otro.»

El mérito de la comunicación del 1.º de mayo habrá sido hacernos comprender que algunas opciones socialistas no son contrarias a la fe. Pero no es posible quedarse ahí. Deseamos que la encuesta se extienda a todos los ambientes cristianos que tienen responsabilidades económicas, sociales y políticas diferentes.

La cita ha sido extensa, pero la hemos recogido por estimar que se trata de una opinión equilibrada y sensata de un sector de inequívoca significación cristiana dentro del empresariado francés.

LA RESPUESTA DEL PRESIDENTE DE LA COMISION EPISCOPAL DEL MUNDO OBRERO

Monseñor Maziers, arzobispo de Burdeos y presidente de la Comisión Episcopal que ha redactado el comunicado, ha publicado en *La Croix* del 3 de junio pasado un extenso artículo, escrito en tono sereno, moderado y dialogante, para dar respuesta a la numerosa correspondencia que ha recibido sobre el tema y a los artículos aparecidos en prensa y revistas sobre el citado documento.

Monseñor Maziers, subraya la finalidad de la actuación de la Comisión Episcopal que preside, al dialogar con los trabajadores y dar publicidad al documento: *La evangelización del mundo obrero.*

Pero, se pregunta el señor arzobispo: «¿Cómo anunciar la Buena Nueva de Jesucristo sin acoger primero las aspiraciones legítimas que se expresan en el Movimiento Obrero y cómo hacer más significativa la presencia de la Iglesia sin dejarnos interrogar por la decepción y el sufrimiento que provoca desde hace tiempo su rostro en el mundo obrero?».

El considera que esa aptitud parece corresponder a la petición del Papa en su carta apostólica al cardenal Roy, *Octogesima Adveniens*, pero añade que «esta actitud no parece haber sido siempre comprendida».

No se trata de sacrificar nada de las exigencias de la verdad, pero permite descubrirla desde el interior con aquellos que la buscan.

Es decir, el diálogo es un método de acción pastoral.

Considera, asimismo, que los militantes cristianos no esperan de los obispos la sola llamada de una doctrina social, a menudo mal traducida en los hechos y en los comportamientos.

Manifiesta en forma de afirmación interrogativa que no es posible presentar las exigencias de la conversión a Jesucristo, en el corazón mis-

mo de toda elección humana, comprendida la política, sin que sea primero acogido y reconocido como el Salvador, el verdadero Liberador.

El señor arzobispo considera que existe una convergencia de actuaciones apostólicas con otros movimientos de la Iglesia en Francia: el Movimiento de los medios independientes y el Movimiento rural.

Estima que esta convergencia es el fruto de un esfuerzo paciente de los movimientos apostólicos para situar el anuncio de Jesucristo y la conversión en el corazón de la vida real de las personas, sin desconocer su dimensión colectiva. Y, como confirmación de este planteamiento, cita la célebre frase de la *Octogesima Adveniens*:

«Hoy, más que nunca, la palabra de Dios no podrá ser proclamada ni escuchada, si no va acompañada del testimonio de la potencia del Espíritu Santo, operante en la acción de los cristianos al servicio de sus hermanos, en los puntos donde se juegan éstos su existencia y su porvenir» (número 51, párr. 2.º).

ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE EL DOCUMENTO

No podemos terminar este artículo sin hacer algunos comentarios personales, con el mayor respeto a la Comisión Episcopal del Mundo Obrero, de la Iglesia de Francia, aunque no se trate de un documento magisterial, acogiéndonos a la amable invitación que en el mismo se hace para expresar observaciones a su contenido.

En primer lugar, queremos manifestar que consideramos el intento pastoral de diálogo con el mundo obrero, que refleja el comunicado, como un compromiso de evangelización, dentro de la línea más genuina de las orientaciones del Concilio Vaticano II y de las directrices de Pablo VI. La conversión exige, según la genuina tradición apostólica, hacerse todo a todos para ganarlos a todos Jesucristo (I Cor., 9, 22).

Esta actitud pastoral exige, a nuestro juicio, por parte de los cristianos pertenecientes a otras clases o medios sociales, una actitud profunda de respeto, de comprensión y de colaboración desinteresada.

Pero, con la misma sinceridad, hemos de manifestar que la publicidad dada a un comunicado, de carácter provisional, cuyos destinatarios eran los demás obispos de la Conferencia Episcopal de Francia, puede provocar el equívoco y la confusión, y también la polémica, así como la instrumentación interesada, según el punto de vista de cada persona o grupo, de dicho documento, dándole un alcance que rebasa las finalidades modestas de la Comisión.

Esto por lo que respecta a los as-

pectos externos y formales del comunicado.

En cuanto a su *contenido*, creemos que es muy realista y sincero y que plantea con hondura y seriedad problemas muy graves de la acción pastoral en los medios obreros, que debieran hacer meditar no sólo a los obispos y a los sacerdotes, sino también a todos los hijos de la Iglesia que desean la evangelización de los trabajadores.

Estimamos que, con todo, aun reconociendo que no basta la doctrina social, por muy ortodoxa que ésta sea, para la Pastoral del Mundo Obrero, hemos de manifestar que cualquier forma de equívoco doctrinal no sólo no facilita la genuina acción pastoral, sino que puede seriamente comprometerla en el futuro.

El Concilio Vaticano II, y el Papa Pablo VI, nos han dado claras orientaciones a este respecto: el Concilio Vaticano II, en relación con el «ecumenismo», y el Papa Pablo VI, en relación con el «diálogo».

Es de todo punto necesario que se exponga claramente toda la doctrina. «*Nada es tan ajeno al ecumenismo como ese falso irenismo, que daña la pureza de la doctrina católica y oscurece su genuino y definido sentido*» (D. «Unitatis Redintegratio», número 11).

«Pero el peligro permanece. El arte del apostolado es arriesgado. *La solitud por acercarse a los hermanos no debe traducirse en una atenuación, en una merma de la verdad.* Nuestro diálogo no puede ser una debilidad respecto al compromiso que tenemos con nuestra fe. El apostolado no puede transigir con un compromiso ambiguo respecto a los principios de pensamiento y de acción que deben cualificar nuestra profesión cristiana. El irenismo y el sincretismo son, en el fondo, formas de escepticismo respecto a la fuerza y al contenido de la palabra de Dios que queremos predicar. Sólo el que es plenamente fiel a la doctrina de Cristo puede ser eficazmente apóstol. Y sólo el que vive en plenitud la vocación cristiana puede verse inmunizado del contagio de los errores con los que se pone en contacto» (encíclica «*Ecclesiam suam*», n. 81).

Es decir, no tiene por qué oponerse doctrina a pastoral, sino que hay que integrar, como lo hace Su Santidad Pablo VI, el magisterio de la verdad doctrinal con la apertura pastoral a todos los hombres. Sólo la Verdad es auténticamente liberadora.

Examinando el contenido del documento se puede advertir, y es comprensible, dado su carácter provisorio, que se muestre algo blando e irénico frente a ciertas críticas radicales a la actuación de la Iglesia desde el punto de vista social que, en su generalidad, las consideramos justas e inexactas.

Esto resulta preocupante en boca

de militantes cristianos, porque supone una actitud de desconfianza y de crítica negativa hacia la Iglesia; pero en un documento, aunque sea de trabajo, emanado de los obispos, lo consideramos, objetivamente, muy grave, dicho sea con el máximo respeto y veneración hacia sus autores.

Cualquiera que leyera el número 7 del Ap., 2, de la parte I antes transcrito), sin más conocimiento de causa que el texto del documento, podría llegar a la conclusión de que la Iglesia no supo reconocer, en el siglo pasado, la parte de justicia que latía en el Movimiento Obrero, y que guardó silencio frente a la protesta obrera contra el capitalismo liberal. Eso sería como borrar de un plumazo toda la historia del Movimiento Social Católico.

Además, se silencia en el comunicado que la Iglesia católica mantuvo una actitud reiterada de condenar, primero, al liberalismo filosófico, que fue el inspirador, y luego del liberalismo económico o capitalismo liberal, que fue consecuencia. No sólo hizo «críticas raras y matizadas».

Como dato curioso, recogemos de un autor francés, Marcel Clément, que en la edición de los documentos pontificios, compilados por Marmy, publicada en 1949 por Editions Saint-Paul, el índice analítico recoge 23 condenaciones del liberalismo y sólo 17 del socialismo (cfr. *L'Homme Nouveau*, núm. 574, 21 de mayo de 1972, gina 3).

Por otra parte, convendría dejar constancia de que, si la Iglesia condenó el socialismo, no fue por lo que tenía de aspiración a la justicia social, sino por lo que tenía de anticristiano y de erróneo. El hecho real es que, cuando los movimientos socialistas no se han presentado inspirados en una ideología contraria al cristianismo o han adjurado de ella, la Iglesia no los ha condenado o ha retirado su anterior condena. Tal es el caso del «Labour Party», en Inglaterra, y los socialismos escandinavos, y de la social-democracia alemana, después de 1959.

Se olvida, por otra parte, en el texto del comunicado que la crítica más fuerte que se haya podido hacer, desde el punto de vista moral, al capitalismo liberal la hizo Pío XI, en la encíclica *Quadragesimo Anno*, hasta el punto que el economista Colin Clark, citado en la encíclica *Populorum Progressio*, hizo la siguiente afirmación respecto a ciertos comentarios sobre esta encíclica, que reproducimos, textualmente en inglés:

«Many of what will be believed to be its new ideas, however, are restatements, applied to the present-day world, or principles first stated in *Quadragesimo Anno* (1931)». «The-Tablet», April 15th, 1967, p. 400.

En el documento se hace la siguiente afirmación:

«Se comienza a observar hoy que

no existe incompatibilidad entre el Evangelio y un sistema económico y político de tipo socialista, siempre que se observan los derechos fundamentales de la persona y las exigencias de una verdadera promoción colectiva de toda la humanidad y siempre que pueda expresarse la vocación sobrenatural del hombre.»

Este párrafo es muy claro en sus conceptos; pero entonces plantea la cuestión de si un sistema que respeta todas esas exigencias fundamentales, puede ser llamado en realidad un sistema socialista.

Por estimar precisamente que no se cumplían esas exigencias fundamentales es por lo que el magisterio de la Iglesia, en el pasado, ha condenado las diversas manifestaciones de socialismo (cfr. sobre todo encíclica *Quadragesimo Anno*, núms. 42-54, en «Col. de Encíclicas y Documentos Pontificios», A. C. E., 4.ª ed., Madrid, 1955, págs. 413 y ss.).

Y cuando, por el contrario, los movimientos socialistas han respetado esas exigencias fundamentales del derecho natural y de la vocación sobrenatural del hombre, como ha sucedido en los casos antes indicados, la Iglesia ha dejado en libertad a sus hijos para afiliarse a ellos.

No podemos entrar en el examen de todo el contenido del documento. Únicamente queríamos dejar constancia de un juicio global del mismo. Nos parece demasiado encerrado dentro de los límites de una visión obrera de las realidades sociales y económicas; más aún, dentro de un sector de la clase obrera, aunque pueda ser mayoritario en Francia, es decir, del sector de los trabajadores que han optado por el socialismo, como fórmula de compromiso temporal. Y, desde este punto de vista, nos viene a la memoria, la fina observación pastoral de Su Santidad Pablo VI, en la *Octogesima Adveniens*, después de afirmar la *legítima variedad de opciones posibles* a los cristianos:

«... otros, en cambio, sienten tan profundamente la solidaridad de las clases y de las culturas profanas, que llegan a compartir sin reservas todos los juicios y todas las opciones de su medio ambiente. Cada cual deberá probarse y deberá hacer surgir aquella verdadera libertad en Cristo, que abre el espíritu del hombre a lo universal, en el seno incluso de las condiciones más particularizadas» (n. 50, párrafo 2.º).

El gran problema del Apostolado Obrero, como el de todo apostolado social, es el de abrir el espíritu a lo universal, superando las visiones limitadas y partidistas derivadas de las condiciones de clase, de raza, de sexo, de nacionalidad o de cultura. El grito universalista y liberador de Pablo debe resonar en los corazones de todos los cristianos:

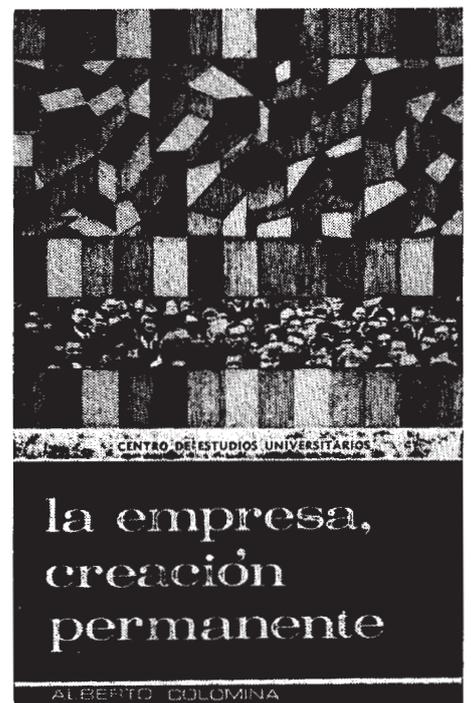
«No hay ya judío o griego, no hay siervo o libre, no hay varón o mujer,

porque todos sois uno en Cristo Jesús» (Gal., 3, 28).

No podemos terminar este extenso artículo sin citar un discurso reciente de Su Santidad Pablo VI sumamente aleccionador y orientador sobre la problemática planteada por el comunicado de la Comisión Episcopal Francesa:

«Algunos llegan a sufrir, y a predicar, la fascinación de la violencia, nuevo mito que se presenta a la inquieta conciencia moderna: es la apología del hecho consumado, de la «liberación» que no es siempre la interpretación de la libertad evangélica, que nace de la verdad y de la caridad (Jn., 8, 32; cfr. Gal., 4, 31; Rom., 2, 21; Sant., 1, 25), muy difícil de guardar, por otra parte (cfr. Ped., 2, 16; Gal., 5, 13), sino que es un eufemismo que oculta frecuentemente métodos destructores. Esta fascinación, además, avala, a veces, el mimetismo de las sociologías acristianadas, que se reputan como las únicas eficaces, con ciega confianza y sin prever las conclusiones a que conducen. Esa fascinación no resiste a las seducciones del socialismo, entendido por algunos como renovación social y socialidad renovadora, pero con empleo de ideas y sentimientos que no pocas veces son anticristianos; lucha sistemática de clases, odio y subversión psicológica materialista, que contagia a la llamada sociedad de consumo». (Discurso al Sacro Colegio Cardenalicio el día 23 de junio de este año; publicado en *L'Osservatore Romano* del día 24 y en el número 1.599 de *Ecclesia*.)

Un libro del C. E. U.





«De modo que si la virtud, que tiene por objeto la unión y conservación de los hombres, no influye en el conocimiento de las cosas, éste queda árido y sin provecho». (Cicerón, «De officiis», I, cap. XLIV.)

EDUCACION Y DEFENSA DE LA NATURALEZA

CONFERENCIA DE EUGENIO FEDRIANI

Secretario del Centro de Jerez de la Frontera

EN EL

X CURSO DE VERANO DE CHIPIONA

EDUCACION. EDUCACION PERMANENTE

El término educación es empleado frecuentemente en todos los medios, aunque se aplique al mismo una significación, en cada caso, que puede no concordar mucho con la que le han atribuido los pedagogos y educadores. También suelen emplearse indistintamente las palabras educación e instrucción, olvidándose que la educación es algo mucho más elevado y completo que la instrucción.

Muchos Estados tienen entre sus Departamentos ministeriales uno llamado de Educación. Los nombres de Ministerio de Instrucción o Ministerio de Cultura, creemos que responderían mejor a la realidad de sus actividades, en la mayor parte de los casos. Porque la educación es desarrollo de todas las facultades de la persona, para que llegue a poseer la mayor perfección posible; y la instrucción sólo consigue este objetivo parcialmente mediante una acción indirecta. Educación no es lo mismo que instrucción, ni lo mismo que cortesía; la cortesía es un barniz, que, si no responde a un sentimiento interno de caridad, es sinónimo de hipocresía, pudiendo encubrirse una realidad muy pobre.

La educación será distinta, según la concepción filosófica sobre que se asiente y los fines que se persigan. Del idealismo de Platón, seguido, en cierto modo, por San Agustín y Pestalozzi, dimanarán directrices

diferentes que las que se derivan de quienes, siguiendo a Aristóteles, Santo Tomás y Herbart, consideran que la inteligencia humana es, inicialmente, como una «tabla rasa», en la que nada hay escrito. De igual manera, los que profesen las ideas totalitaristas de Licurgo, Lenin y Hitler, no pueden preconizar los mismos métodos de educación que los que crean en los principios políticos de Montesquieu, Franklin y Dom Sturzo.

Educar era para Platón dar al cuerpo y al alma toda la belleza y perfección de que son susceptibles. El alemán Herbart defendía que la educación consiste esencialmente en la formación del carácter. Pestalozzi considera que la educación no estriba en la comunicación al niño de unos conocimientos externos, sino en el desenvolvimiento de las propias riquezas infantiles. Nuestro P. Manjón dice que «la educación tomada en el más amplio, noble y levantado sentido de la palabra, es como una segunda creación, en cuanto completa y perfecciona la obra de la creación primera, deteriorada por el pecado».

Con esta última definición se corresponde la aspiración cristiana de educar para esta vida, pero de forma que no se olvide nuestro destino eterno, a la vez, meta y brújula, ya que el mejor modo de caminar por la tierra es llevando los ojos fijos en el Cielo.

La preocupación por la educación y sus problemas

es, ahora, denominador común de todas las naciones del mundo. El ansia de saber, aunque alimentada por la utilidad, ha penetrado en todos los estratos sociales. El capítulo de los gastos de educación crece incesantemente en todos los presupuestos nacionales.

En diversas revistas especializadas hemos podido ver algunos de los trabajos publicados con motivo del Año Internacional de la Educación. Se advierte, en seguida, que, junto a los problemas del costo de la educación y de la formación del profesorado, gravita sobre los Gobiernos la obligación de proporcionar empleo adecuado a los graduados y técnicos que, a pesar de la duración e intensidad de los estudios, salen, en creciente número, de las Facultades y Escuelas técnicas. En un artículo del escritor francés Pierre Rondière, titulado «Educar... ¿pero a quien?, ¿y cómo?», se exponen los problemas económicos y de toda índole que plantea la llamada «explosión educativa», que afecta a todos los continentes. En otro documentado estudio, el señor Leo Fernig, director de la Oficina Internacional de Educación, analiza el desarrollo educativo alcanzado en el mundo y el coste de la educación, y dice: «Por todas estas razones, parecería que es común en el mundo el sentimiento de que tenemos que detenernos, hacer una pausa y analizar lo que se cumple en esta vasta y continua empresa que es la educación, ver a qué ritmo se marcha y adónde creemos que debemos ir.»

Nosotros pensamos que para la educación, tomada en el sentido de formación religiosa, moral y cívica, existen menos problemas. Los (problemas), que tanto inquietan a gobernantes y sociólogos, son creados principalmente por lo que podría llamarse instrucción específica o técnica. Podremos arrepentirnos de que sea excesivo el número de los profesionales de cualquier especialidad; pero nunca lamentaremos el tener unos ciudadanos temerosos de su Dios y amantes de sus prójimos y conocedores de sus deberes como miembros de una comunidad.

Generalmente, al hablar de EDUCACION PERMANENTE, se piensa en la extensión de la educación a personas de todas las edades, tendente, casi siempre, a proporcionar a los adultos una mejor capacitación profesional. Pero juzgamos que deben ser más ambiciosas las metas a alcanzar por la educación permanente, que ha de abarcar otras facetas y momentos de la vida humana. En este sentido, no consideramos únicamente como factores de educación a los centros docentes de los distintos niveles. Unimos a ellos: el medio familiar, la acción parroquial, los libros, los periódicos y revistas, el cine, la radio, el teatro la televisión, la calle y los lugares de esparcimiento.

La inquietud por la educación permanente se ha extendido a todos los países. Junto a las actividades de la Unesco, y quizá estimulado por ella, han aparecido diferentes trabajos, realizados por distintos organismos. Uno de ellos, elaborado por el Comité de Educación Extraescolar y del Desarrollo Cultural, dependiente del Consejo de Europa, fue confec-

cionado en las reuniones celebradas en París, en febrero de 1971. Está dirigido principalmente hacia la funcionalidad de la educación permanente. Consideramos sumamente interesante las conclusiones del Primer Seminario Nacional sobre Educación Permanente, celebrado hace poco en Buenos Aires. Es un estudio muy completo. Comprende cuatro apartados, encabezados con los siguientes titulares: 1. Problemas de la educación permanente; 2. Educación permanente y desarrollo; 3. Educación permanente y educación de adultos; 4. Los medios de comunicación social y la educación permanente. Es muy expresivo uno de los subtítulos del primer apartado: «La educación permanente, la mujer y la vida familiar». En esta interesante declaración se define así el tema que nos ocupa: «La educación permanente es el perfeccionamiento integral y sin solución de continuidad de la persona humana», desde su nacimiento hasta su muerte».

De uno de los «Glosarios» del filósofo catalán Eugenio D'Ors, titulado «Lo nefando», entresacamos unas frases, que resaltan la necesidad de la educación permanente, tomada en el sentido expuesto en los párrafos anteriores. Después de expresar la opinión de que la cultura pudo nacer cuando, execrado el incesto, el hombre tuvo que vencer dificultades para conseguir la mujer, añade:

«El beneficio de la civilización ni el hombre ni un pueblo lo reciben para siempre. Es menester que se merezca, que se gane también cada día. Una distracción, un devaneo, y ya está de nuevo la barbarie ahí. Un poco más de pereza, un poco más de renuncia, y ya, detrás de la barbarie, entra a grandes zancadas el salvajismo. Pronto las luces se apagan y el salvajismo se sume en la cruda animalidad.»

¿ESTA MUY EDUCADO NUESTRO MUNDO?

Una ligera ojeada sobre el mundo de nuestros días no lleva inmediatamente a contemplar un progreso material realmente asombroso, que no es necesario demostrar, cuando el hombre ha conseguido desintegrar el átomo, liberarse de la atracción terrestre y detectar el sonido y la imagen a través de las mayores distancias. Pero, ¿estamos realmente educados?

Podríamos observar lo que sucede en una Universidad o Escuela Técnica de Europa o de América. Un Centro docente es fundamentalmente una reunión de profesores y alumnos. En el Centro superior que elijamos no hay paz. ¿De quiénes es la culpa? ¿Es que los profesores no están educados? No puede explicarse fácilmente, después de tantos años de dedicación al estudio. ¿Es por culpa de los alumnos? ¿De qué les sirvieron los estudios primarios, los secundarios y el curso de acceso? Lo que sucede es que tanto los profesores como los alumnos, en muchas ocasiones, han alcanzado un alto

grado de instrucción; pero no han sido educados su carácter, su voluntad, sus sentimientos. No está educado integralmente un profesor que, en sus relaciones con los alumnos, carece de prudencia o falta a la justicia y a la caridad. No están educados unos alumnos que menosprecian el sacrificio económico de sus mayores y que destruyen el material de los laboratorios y de las clases, adquiridos por el Estado con el sacrificio de los ciudadanos. Y es que la instrucción sola no basta. Podría llenar el mundo de robots y cerebros electrónicos; pero no sería capaz

de encender en los individuos la más leve llama de amor.

Si examináramos la situación en otros estamentos culturales y sociales podríamos llegar a razonamientos saturados igualmente de pesimismo.

El día 25 de mayo último, toda la prensa mundial comentaba el lamentable espectáculo producido en el Nou Camp, de Barcelona, por un grupo de seguidores del Rangers, de Escocia, que parecieron trasplantados de las épocas de mayor barbarismo.



DEFENSA DE LA NATURALEZA

La defensa de la naturaleza, es decir, la defensa de la salubridad del ambiente y de los bienes naturales, constituye actualmente una de las primeras preocupaciones de los Gobiernos y de los organismos internacionales. El aire se va impurificando, las aguas de muchos ríos están contaminadas, los envases de plástico lo invaden todo, los peces se mueren por la acción de ciertos productos químicos.

En las grandes ciudades, la vida se hace insoporrible, debido principalmente a los humos de las fábricas y a los gases despedidos por los vehículos.

En uno de los números de la revista *El Correo de la Unesco*, hemos podido leer unos interesantes trabajos, con titulares tan expresivos como los que van a continuación: «¿Se está haciendo inhabitable nuestro planeta?»; «El hombre contra la naturaleza»; «La Tierra muere con sus árboles»; «Aire y agua enfermos de plagas nuevas»; «Una nueva conciencia de nuestro destino»; «La ley y la contaminación del agua». Entre los grabados que acompañan a los trabajos, en el de la portada figura un pingüino moribundo. Junto a él dice: «Este pingüino que agoniza bajo una capa de petróleo, angustiada imagen de impotencia, fue fotografiado en la costa bretona de la Mancha, luego del naufragio del "Torrey Canyon" (marzo de 1967). Incapaces de volar y de alimentarse, los pájaros marinos de Ingla-

terra y de Francia murieron así por centenares de miles, desapareciendo la casi totalidad de los habitantes de la reserva ornitológica de las Siete Islas en el norte de Bretaña. El desastre despertó brutalmente la atención del mundo sobre el peligro de la contaminación de los mares; pero otros peligros, igualmente provocados por el hombre, se ciernen sobre el aire, el agua y los suelos de nuestro planeta».

Algún sabio ha dicho que dentro de cincuenta años faltará el agua en el mundo. Este parece abocado a la autodestrucción.

Pensamos que esto no es todo. Caminamos igualmente hacia la destrucción moral. El erotismo ambiental, que ha vaciado los seminarios y casas de formación, trabaja por la destrucción de la familia, base de la sociedad. Y llevará, como a metas finales, a las drogas, a la homosexualidad y al suicidio.

El progreso moral tiene que conservar paralelismo con el progreso material. De lo contrario, sucederá: Que la nación más rica del mundo, Norteamérica, se ve minada por el divorcio, por la droga, por el homicidio; que la nación más desarrollada socialmente, Suecia, se ve, como sus naciones vecinas, amenazada por el suicidio, en las más diferentes modalidades; que en Inglaterra, el Parlamento, respondiendo a los deseos de un sector de la población, haya dado vía libre al homosexualismo.

Para bien o para mal, algunos días no disponemos de tiempo para leer los periódicos. Si algunos días

nos detuviéramos en las noticias que nos ofrecen, renunciaríamos a la fiesta que teníamos proyectada. Así, leemos: El día 12 de junio son detenidos en Rota 18 traficantes de drogas, descubiertos, por cierto, con la colaboración de un perro policía; en Algeciras eran intervenidos quince kilos de griffa a dos súbditos griegos; se hablaba de la huelga de pilotos de las líneas aéreas, para el día 19, motivada por los frecuentes secuestros de aviones; se facilitaba el balance del fin de semana en las carreteras españolas, que arrojaba 32 muertos y nueve heridos graves.

El día 17 de mayo se manifestaban en Londres unos 2.000 estudiantes de Bachillerato, entre los cuales estaban mezclados enlaces maoístas de edades superiores a los treinta años. En el mismo periódico podíamos ver que en Milán había sido muerto a tiros el comisario de policía Calabrese, encargado de investigar la muerte del anarquista Feltrinelli.

En agosto de 1971, los obispos alemanes señalaron que el alto nivel de vida del país estaba forzando a los ciudadanos a pagar un precio muy alto, reflejado en los siguientes hechos: agotamiento, abuso de los medicamentos, constante tensión nerviosa, ausencia de seguridad y aumento de la sensación de soledad humana en medio de una sociedad trepidante. Creían que esta situación era la causante de los 13.000 suicidios anuales registrados y de otros muchos intentos de suicidio.

Es sumamente lamentable que no queramos ver la realidad, como ha sido ya comprendida en algunos países comunistas. La revolución, que se propuso en sus comienzos acabar con la monogamia y la familia, ha rectificado notablemente. Ya Lenin tuvo que frenar la anarquía sexual, al comprender que un país de costumbres disipadas no podía servir los intereses de la revolución. Entonces pensaron asociar a la propaganda exterior de las doctrinas marxistas los slogans de la libertad sexual y del amor libre.

En un memorándum enviado por 400 médicos alemanes, en 1964, al Ministerio Federal de Sanidad, protestando por la erotización de la vida pública, se hacía notar que, mientras los occidentales estimamos cada vez menos las buenas costumbres, los dirigentes rusos y chinos frenan la libertad sexual en sus naciones, a la vez que la incorporan a sus planes de conquista ideológica exterior. Sociólogos tan conocedores de la vida soviética como Mace y Sorokin, afirman que la familia rusa quiere ser hoy tan estable como pudiera serlo en la Inglaterra del siglo XIX. Y las autoridades de la U. R. S. S. combaten las drogas y la literatura pornográfica, calificando estos medios destructores como característicos de la «decadente civilización occidental».

Parece necesario que, en medio de las comodidades que nos presta nuestra civilización de consumo, nos detengamos a considerar sobre el futuro de nuestra sociedad y el porvenir de nuestros hijos. Las grandes lecciones de la Historia no pueden ser desatendidas.

Cuando el primero de los imperios mundiales su-

cumbe, en 539 antes de Cristo, a manos de Ciro, el rey de medos y persas es el instrumento que castiga la corrupción de Babilonia. Cuando, un milenio después, el rey de los hérulos depone al último emperador romano, no hace sino rubricar la decadencia de Roma, minada por la disipación de costumbres, que había deshecho a la familia romana. Otros muchos ejemplos nos brinda la Historia, que no podemos detenernos a considerar.

Actualmente, son muchos los que pronostican catástrofes, en plazos más o menos largos. Creo que no debemos inquietarnos por lo inevitable, sino tratar de remediar lo evitable. Que, en lo inevitable, actuará la divina Providencia.

Y ante el diluvio de la contaminación, en vez de levantar torres de Babel, postrarse de rodillas, diciendo con piadosa confianza: Padre nuestro que estás en los cielos...

¿Cómo es vista la situación del mundo desde la atalaya excelsa del Vaticano? Pablo VI nos decía, hace un año, en la *Octogesima Advenies*:

«En estas circunstancias, hemos podido ver con un nuevo relieve los graves problemas de nuestro tiempo, particulares ciertamente en cada región, pero de todas maneras comunes a una humanidad que se pregunta sobre el futuro, sobre la orientación y el significado de los cambios en curso. Siguen existiendo diferencias flagrantes en el desarrollo económico, cultural y político de las naciones: al lado de regiones altamente industrializadas hay otras que están todavía en estadio agrario; al lado de países que conocen el bienestar, otros siguen luchando contra el hambre; al lado de pueblos de alto nivel cultural, otros siguen esforzándose por eliminar el analfabetismo.»

Sobre la situación de la población actual, amontonada en las grandes ciudades, o en sus suburbios, nos dice el Pontífice:

«En lugar de favorecer el encuentro fraternal y la ayuda mutua, la ciudad desarrolla las discriminaciones y también las indiferencias; se presta a nuevas formas de explotación y de dominio, de las que algunos, especulando sobre las necesidades de los demás, sacan provechos inadmisibles. Detrás de las fachadas se esconden muchas miserias, ignoradas aún por los vecinos más cercanos; otras aparecen allí donde la dignidad del hombre zozobra: delincuencia, criminalidad, droga, erotismo.»

HAY RAZONES PARA LA ESPERANZA

No todo es negativo en el mundo de nuestros días. Hay muchos factores positivos, que resplandecen en algunos sectores, especialmente entre los jóvenes. En una gran parte de éstos se advierte una gran sinceridad, que puede ser anunciadora de un porvenir esperanzador. La existencia de organizaciones benéficas, como la Cruz Roja y Cáritas, y la actuación de diversos organismos internacionales, tales como la

F. A. O., la U. N. E. S. C. O. y otras, nos dicen que en el mundo han arraigado algunas de las virtudes sociales, que dimanen de las enseñanzas del Evangelio. Y si en algunos sectores de la juventud se notan desviaciones, en otros anidan nobles sentimientos de desprendimientos, de fraternidad, de entrega al necesitado, de justicia, de paz...

Hay ejemplos maravillosos de abnegación y de entrega, que no sólo se dan entre los pertenecientes a congregaciones apostólicas y misioneras, sino también entre jóvenes que forman parte de grupos más secularizados. Todos hemos podido admirar a grupos juveniles que emplean su tiempo de descanso y esparcimiento en instruir a los analfabetos, en visitar a los enfermos, en trabajar como peones para proporcionar vivienda a una familia que no la tiene.

En el terreno puramente religioso y moral, vamos también aparecer signos esperanzadores, presagio de un risueño porvenir. La curva descendente de los últimos años comienza a hacer una inflexión, que parece apuntar hacia la más pura ortodoxia.

IMPORTANCIA DE LOS MEDIOS DE COMUNICACION SOCIAL

Al hablar de la educación permanente, han sido citados los medios de comunicación social, como factores que pueden contribuir grandemente a la em-

presa educativa. Nuevamente insistimos en que la prensa, la radio, la televisión y el cinematógrafo ocupan puestos de vanguardia en la lucha por la educación del pueblo.

¿Cómo podrán conservar incólume la familia, fundamento de la sociedad, ciertos pueblos cuyas pantallas grandes y pequeñas pregonan frecuentemente el divorcio, el adulterio, el erotismo y la violencia? Los sacerdotes, los educadores, los padres de familia, todos los que nos consideremos responsables, tenemos el grave deber de procurar que los medios de difusión sean utilizados rectamente. Que sirvan para difundir el bien, la fraternidad, la austeridad y un recto sentido de la justicia.

Muchos son los testimonios y las citas que podríamos añadir de escritores, autoridades y hombres públicos, que ven con gran preocupación cómo la ola de inmoralidad y materialismo quiere barrer de la sociedad cristiana las reservas morales de dos milenios. Y para destacar, una vez más, la enorme importancia de los medios de comunicación social, citaremos unas palabras de Su Santidad Pablo VI, publicadas en mayo de 1970, con motivo de la Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales:

«En verdad acuciantes son las preguntas que se plantean a todos los hombres de buena voluntad, a las organizaciones privadas, nacionales o internacionales, y también a la Iglesia: Adultos, ¿cómo serán los jóvenes de mañana, en este universo que vosotros

(Viene de la pág. 14.)

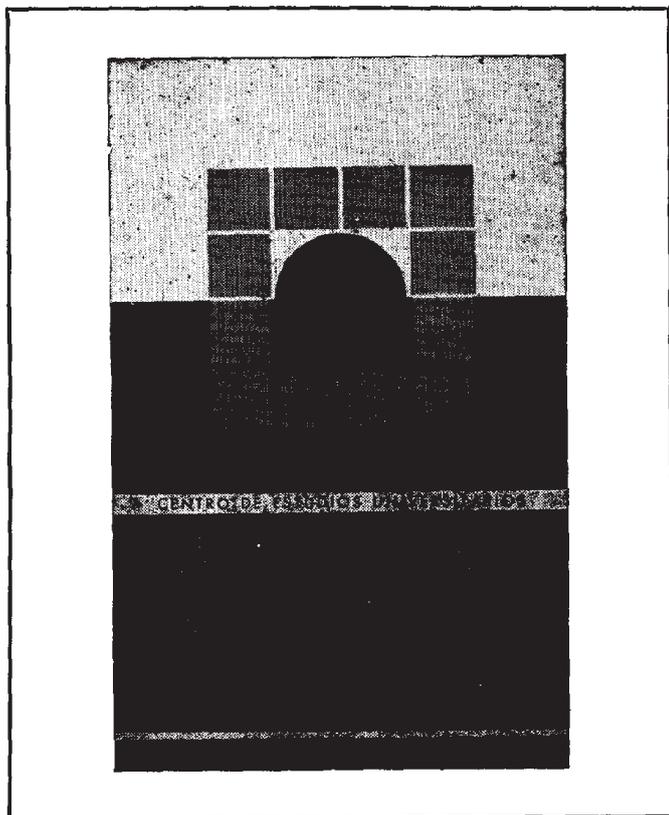
Entrevista

A UN EJERCITANTE DE LOYOLA

tarios, que todos, estimulemos la cantera es un legado imperativo. ¿Nuevas formas? ¡Pero un mismo sentir! Porque uno solo es el que nos atrae, Cristo. Fuera de su campo de atracción, ¿qué más dan las formas? Si son viejas no pasarán de atavismos, si son nuevas, por muy deslumbrantes que sean, quedarán en snobismos. Ambas sin sal ni sentido.

Me despido de Javier en esta tarde chaparronera de Madrid sospechando si no será ésta una meditación más de los Ejercicios para propagandistas. Mañana la pasaré a máquina y volveré a pensar en ella. Seguramente habrá salido el sol.

J. L. DE S. T.



hoy le preparáis? Jóvenes, ¿qué sociedad vais a realizar cuando os toque tener en las manos los destinos del mundo?»

«Hermanos e hijos, a todos queremos decir, urgidos por la conciencia de nuestra responsabilidad pastoral: el mañana será como lo hayamos preparado hoy, con la ayuda de Dios.»

«La prensa, la radio, la televisión tienden hoy día a neutralizar e incluso a suplantar cuanto las generaciones de ayer transmitían a sus herederos valiéndose de los medios tradicionales de la cultura: el trato familiar, la acción educadora de la escuela y de la parroquia, la enseñanza de los maestros y educadores. Hoy entran en juego nuevas fuentes del saber y de la cultura, que, por su ingente poder de penetración, alcanzan con su impacto tanto la sensibilidad como la inteligencia, con todo el cortejo de resonancias imaginativas e ideológicas provocadas por las imágenes sonoras y visuales.»

«Centenares de millones de hombres se han entusiasmado al unisono ante las sorprendentes imágenes de los primeros pasos del hombre sobre la Luna. ¿Quién será capaz de unirlos en el mismo fervor alrededor del Dios del amor, que vino a caminar con paso de hombre en nuestra tierra para llamarnos a todos a participar como hijos en la vida del Dios vivo, Padre de todos los hombres?»

LA LECCION DE SAN FRANCISCO DE ASIS

Quienes conocemos a la Santísima Virgen con el sobrenombre de Regia, no podemos dejar de evocar en esta tarde la gran lección del Padre espiritual de quienes sirven este Santuario. En medio de la mer-

cantizada sociedad italiana del siglo XIII, Francisco de Asís vino a subrayar, con su ejemplo, la primera de las Bienaventuranzas. El vino a enseñar a los hombres la sublime grandeza de lo sencillo. Mejor sería decir a recordar, porque esta verdad había ya sido proclamada, por el Dios-Hombre, en Belén y Nazaret. Lección antigua y actual, pero no siempre comprendida. Sin ella, sin la humildad, es muy difícil que florezcan en el alma las demás virtudes cristianas. La vi glosada, en unos versos, por el poeta de nuestra tierra, José María Pemán:

*Vida inquieta, frenesí
de la ambición desmedida...
¡Qué mal comprende la vida
el que la comprende así!*

.....
*Vida serena y sencilla,
yo quiero abrazarme a ti,
que eres la sola semilla
que nos da flores aquí.
Conciencia tranquila y sana
es el tesoro que quiero;
nada pido y nada espero
para el día de mañana.
Ni voy de la gloria en pos,
ni torpe ambición me afana,
y al nacer cada mañana
tan sólo le pido a Dios
casa limpia en que albergar,
pan tierno para comer,
un libro para leer
y un Cristo para rezar;
que el que se esfuerza y se agita
nada encuentra que le llene,
y el que menos necesita
tiene más que el que más tiene.*

Nuestro Boletín NECESITA

- LA SUSCRIPCION DE TODOS LOS PROPAGANDISTAS
- QUE ESTOS PROMUEVAN NUEVAS SUSCRIPCIONES ENTRE SUS AMIGOS

Sentir con...

Nuestro Boletín trata de reflejar la vida de la Asociación con sus problemas, sus actividades y sus deseos. Pero no es insensible a las preocupaciones, las inquietudes, los anhelos de todos y cada uno de los propagandistas, y de sus lectores en general. Quisiéramos acertar a recoger aspectos, matices, relieves de la vida afectiva, de la vida cordial, de la vida, en fin, de esta hermandad que formamos, que debemos formar, los propagandistas. El artículo que llena estas páginas, ¿no podría iniciar un a modo de glosario sentimental que nos ayudase a conocernos mejor y querernos más, a sentir con... nuestros hermanos, en suma?

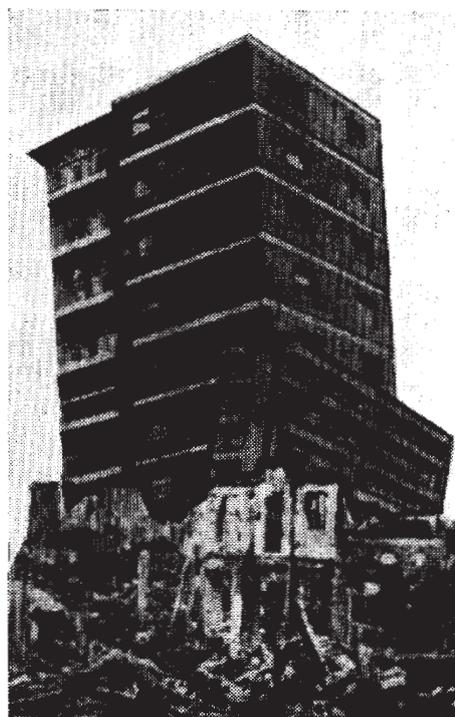
REQUIEM POR UNA CASA

Por JUAN LUIS DE SIMON TOBALINA

Están tirando «mi casa». ¿La han tirado ya? Lo han hecho sin compasión. Como si piedras, ladrillos, hierros, maderas fueran insensibles. —«Dichoso el árbol que es apenas sensitivo, y más la piedra dura, porque esa ya no siente», dijo el vate de «Hispania fecunda». Pero sí sienten, Rubén. ¡Y lloran! ¡«Sunt lacrimae rerum»!, que decía Menéndez Pelayo con sus clásicos latinos. Yo oí lamentos de piedra, mármoles, hierros, cuando los últimos moradores del inmueble le abandonábamos—como a un barco que se hunde—definitivamente, cuando seis chicas jóvenes se alejaban, sin volver la vista atrás—la juventud no tiene pasado—, de la casa que las vio nacer. Y a su madre. Y a su abuela. Y en la cual murieron su bisabuela y su tatarabuela. Ha pasado un siglo. Y los gruesos muros que parecían desafiar al tiempo—como ...«las torres que desprecio al aire fueron»...— «a su gran pesadumbre se rindieron».

Estrecho ligamen el que une familia y casa. La familia es la casa, dice Sartre. No. La casa—bien lo saben los gitanos—no hace la familia—como el hábito no hace al monje—. Pero desde antiguo, apenas superado el nomadismo, la casa es el lugar sagrado—el lar, los lares— en que la familia forma su hogar y enciende su fuego («fogar»-hogar). Y en el transcurso

de los años, la convivencia diaria, la perenne comunicación de corazones—sin ella no hay familia—va dejando una estela de recuerdos. Recuerdos inolvidables suelen simbolizar las vie-



jas casas. Desde la que ahora evoco salió un día una guapa muchacha vestida de novia, camino de la iglesia. Luego, año tras año, hasta ocho vástagos visitaron el nuevo hogar. Llegó, después, con el desfile de los años, el de las primeras comuniones. Y un día entre los días salió la hija mayor luciendo galas nupciales para hacer el trayecto de siempre a la iglesia de siempre. Pero aquella alegría llevaba la tristeza pegada a los talones. Después... En la vida de toda familia se suceden, como las cuentas de un rosario, dichas y amarguras.

Las familias no sienten ya apego a la casa de sus mayores. ¡Son signos de los tiempos! Antes, la nostalgia del pasado se imprimía como una cicatriz, en el espíritu de cada hombre. Hoy no hay sitio para la nostalgia ni tiempo para el recuerdo. Todo es prisa, todo es afán de novedad. No amamos la estabilidad, fuente de paz, sino el cambio, halago de nuestra imaginación. No queremos la vieja casa familiar, sino la nueva más funcional, más luminosa, con menos espacios muertos. La vida no es una dulce, apacible serenidad, sino una noble, apasionada inquietud imantada hacia el progreso a costa de un cierto olvido del pasado. Poco emociona hoy la queja dolorida que el París, ya cosmopolita y ruidoso, de hace un siglo, arrancaba a la pluma ultramontana de Luis Veillot: «Bien pronto la casa no será más que un compartimiento de esta formidable hospedería por donde todo el mundo ha pasado y nadie se acuerda de haber visto a nadie. ¿Quién habitará la casa paterna? ¿Quién rezará en la iglesia en que haya sido bautizado? ¿Quién conocerá la habitación donde un ser vino a la vida o lanzó su último suspiro? ¿Quién podrá reposar su frente sobre una ventana donde dejó volar su imaginación en esos ensueños que son la gracia de la aurora en el día largo y sombrío de la vida?» Pero ya no se nace ni se muere en la casa —¿sabes, Veillot?—, sino en la clínica. Que también es fuente de literatura sentimental. Jóvenes enfermeras van y vienen vestidas con sus graciosos uniformes. Cuando se congregan las de cada sala parecen flores del mismo tallo de un rosal. Y si alguna vez clavan su aguja en el cuerpo de un enfermo, ¡lo hacen con una sonrisa tan encantadora!... Nadie encuentra ya largo el día de la vida. Dura más que antes, pero—¡oh paradoja de los tiempos!—es más corto que nunca. Tampoco es sombrío, ni siquiera para los vietnamitas aunque los aviones sembradores de muerte oscurezcan su cielo. Un rayo de esperanza ilumina los caminos del porvenir.

Están tirando mi casa. ¿La han tirado ya? No importa. Sobre sus ruinas construirán un moderno edificio que hará felices a otras gentes. Y quienes en la vieja casa vivíamos intentaremos reconstruir la vida familiar—si así pue-

COLABORACIONES

INVITAMOS
A
NUESTROS
LECTORES

EL BOLETIN ES DE TODOS Y ENTRE TODOS HEMOS DE HACERLO, ES UN CAUCE DE EXPRESION PARA VUESTRO PENSAMIENTO Y UN MEDIO DE CONOCIMIENTO MUTUO

ESPERAMOS VUESTRAS

Colaboraciones

de llamarse hoy—en otra más moderna, mejor «distribuida», más aireada. «Gaudeamus», debió exclamar—como el ventero del «Quijote»— el portero de la nueva casa al recibir la visita que llegaba para quedarse. Sí, alegrémonos.

J. L. DE S. T.

LOS CRIMENES RITUALES

Por JESUS ORTIZ RICOL

Es curioso que cuando se toca este tema en nuestro país aparecen en seguida los judíos como protagonistas. Las religiones han dejado ya en este siglo de imputarse hechos de este tipo.

Sabido es que en los primeros siglos, los cristianos fueron sistemáticamente acusados por la paganía de homicidios rituales. Y que, después, el Cristianismo, aliado ya de Constantino, cae en errores parejos. Los cristianos lanzan entonces su acusación contra las brujas, hechiceros y judíos. Mediante tormentos horribles se arrancan las confesiones más nefandas. Las investigaciones judiciales dejan de ser objetivas y quedan influidas por las pasiones y por los odios populares. Se renuncia de antemano a indagar la verdad, y el resultado es el error judicial en el mejor de los casos. Porque en la mayoría la pena no se impone por obra de la justicia, sino solamente para escarmiento de los demás.

Uno de estos sarcásticos ejemplos lo constituye el proceso y ejecución de Santa Juana de Ar-

co. Muere esta santa en la hoguera acusada de hereje, y no condenada por mulsumanes o paganos, sino por la propia Iglesia mediante sentencia proferida por un sucesor de los apóstoles: el obispo Pierre Cauchon. Pues bien, en épocas en que mediante la perfidia, el tormento y el engaño los propios cristianos quemaban a sus santos, ¿iban a esperar los judíos mejor suerte?...



Estúpido sería, por otra parte, negar que los judíos dejaran entonces de mezclarse en delitos de sangre contra cristianos. El fanatismo era general, general también la persecución que sufrían y general el espíritu de venganza. Podrían, tal vez, admitirse algunos crímenes rituales, si bien la mayor parte de éstos descansan en pruebas que no resisten el análisis de una crítica seria.

No es éste nuestro tema. Lo que queremos resaltar aquí extractando ciertos procesos históricos, son los abominables errores judiciales a que conduce el espíritu de venganza y de fanatismo religiosos. Deliberadamente renunciamos a citar hechos ocurridos en nuestro país.

Están tomados de Francisco Carranza.

— El 23 de marzo de 1475, un niño cristiano, Simeón, de veintinueve meses, fue robado por Tobías, médico judío de Trento. El pueblo acusó en seguida al médico de haber degollado al niño para, con su san-

gre, amasar panes ázimos. El médico fue ahorcado y el niño beatificado.

Poco tiempo más tarde se demostró que la muerte del niño había tenido lugar por cuestiones de intereses, bien ajenos a la religión. Menos mal que el error aquí fue sólo de enjuiciamiento.

— Estamos en Tisza-Eszlar, Hungría, en 1882, ya casi en

—Lentamente. Gota a gota.

Naturalmente una degollación en que la sangre mana gota a gota salva a los condenados.

Se demostró después que el niño había sido coaccionado. Para colmo, fue hallada la joven. Otro error más, producido por la barbarie, la incultura y el odio.

— En Xanten, el 29 de junio

preguntó si en el «Talmud» existen huellas del homicidio ritual. La contestación fue negativa.

Ante las repugnantes contradicciones de los testigos, los dos fiscales, Kamm, de Colonia, y Baumgard, fiscal-jefe del Tribunal, retiraron la acusación.

Dos meses más tarde fue descubierto el criminal. Era un obrero despedido, Vesendrup, quien después de matar al niño,



el siglo xx. Una joven llamada Esther Solimosy desaparece, y es buscada en vano. Un niño, Samuel, hace cundir por el pueblo que la joven ha sido degollada por José Scharf, judío. El niño, ha visto al asesino cortar el cuello a la joven, y recoger la sangre en una vasija.

Las audiencias ante el Tribunal son dramáticas. Scharf y trece judíos más son condenados a muerte. Ya en el patíbulo, el licenciado Funtak, defensor de los judíos, pregunta al niño cómo había brotado la sangre de la joven, y éste responde:

de 1891, más tarde aún, una criada, Dora Molt, encontró el cadáver de Juan Hegeman, niño de cinco años. Tenía una herida profunda en el cuello. En seguida la plebe inculpó a Adolf Buschhof, judío, que según el populacho, empleó la sangre del niño para amasar pan ázimo y festejar el «Passah».

El juicio comenzó el 4 de julio de 1892 ante un público ávido de emociones. A los ocho días de debates, el doctor Nöldeke, profesor de lenguas semíticas de la Universidad de Estrasburgo, fue consultado. Se le

dejó el cadáver junto a la casa del judío, para vengarse de éste.

Tenía que llegar el Concilio Vaticano II, para decir que los judíos tienen un patrimonio común con los cristianos; que de ningún modo han de ser señalados como réprobos; que constituyen un pueblo muy amado por Dios, y que están muy especialmente ordenados al Pueblo de Dios.

Del odioso fanatismo, libranos Señor.

Símbolos de esperanza

LA VIOLENCIA HALLADA EN MUNICH Y SARTRE PERDIDO EN BURGOS

El terrorismo en acción, «violando el espíritu de las olimpiadas» («Osservatore Romano»), ha dejado con el atentado «brutal e inconcebible» (Golda Meir) algo más que una huella de sangre y rencor a escala mundial. «Acto abyecto y cobarde» (Kurt Waldheim), constituye la explosión—en frase de Nixon—de la más «salvaje villanía». Por ello frente a tan «execrable crimen» «sólo el amor puede salvar a los hombres», como ha proclamado Pablo VI en Castelgandolfo al bendecir a los dieciséis niños premiados por la Operación Plus Ultra, luego recibidos por el Generalísimo, a los cuales el Pontífice llamó—y además lo utilizamos como título—«símbolos de la esperanza». Porque con su edificante lección de obras abnegadas representan a tantos niños generosos y abnegados de todo el mundo que también las realizan a diario aunque sus nombres y acciones queden desconocidos. Sólo estas «grandes obras de amor», como dice Su Santidad, pueden contener la creciente ola de odios que en Munich ha añadido dieciocho muertos a la crónica negra del mundo. Por ello, nuestro lema de cristianos ha de ser: **frente a la violencia, caridad.**

Así hay que agradecer esta vez a la Prensa tan rebotante de sucesos de escándalos, y de sucesos criminales o luctuosos, y a la misma Televisión Española, que hayan compensado en

lo posible la información de los horrores y torpezas consumados en la capital bávara con la de los ejemplos de heroica generosidad de esos muchachos y muchachas en buena hora elegidos por tres empresas españolas cuya obra es también digna de imitación.

* * *

Por fortuna y para consuelo y estímulo de todos, no son excepción estas lecciones de solidaridad humana y cristiana en contraste con aquellos atentados, vergüenza de una sociedad de consumo y de goce, que obcecada por esta doble obsesión, hasta se considera adelantada y libre de prejuicios. En España florecen, gracias a Dios, aquellos ejemplos. Hoy evocaremos uno: el «encuentro» de la bien llamada «Obra de María» (Focolares) celebrado en Burgos durante la primera quincena del pasado agosto, bajo el consolador lema tomado del Evangelio de San Juan (13, 32): «Atraeré todos a Mí». Doce Centros de Información establecidos en Madrid, Barcelona y otras ciudades españolas facilitaron las tarjetas de reserva e incluso los viajes colectivos. A base de la edad declarada en las fichas se hizo la adecuada distribución de los alojamientos en Colegios y Residencias de la capital castellana, amén de los que prefirieron

ron alojarse en hoteles. Gracias a esta labor organizadora se reunían 2.400 personas, entre ellas 73 religiosos y religiosas pertenecientes a 23 Congregaciones distintas. Durante cinco días, del 2 al 6 de agosto, esta asamblea mariana convivía y vivía «la Caridad según el Evangelio».

Pero, a todo esto, ¿qué son los Focolares? Sencillamente, un movimiento cristiano surgido hace ya veintinueve años, en 1923, entre las ruinas y las destrucciones, en la ciudad italiana de Trento, cuyo nombre tanto significa en la historia de la Iglesia moderna, entre un grupo de muchachas jóvenes, de quince a veintitrés años, a quienes la Gracia iluminó en las oscuridades del desastre y que fue centrando su espiritualidad en el Misterio de Jesús Crucificado y Abandonado, siguiendo, sin saberlo, el camino de los grandes maestros de la vida cristiana (San Pablo, 1 Cor., 2, 2; San Juan de la Cruz, «Subida al Monte Carmelo», lib. II, cap. VII, 11; capítulo XXII, 6).

Durante estas jornadas de la «Mariápolis» burgalesa el arzobispo de Burgos dirigió a los reunidos unas breves y vibrantes palabras que constituyeron el punto álgido de la «Mariápolis». La presencia tan numerosa de adolescentes y jóvenes, de ambos sexos, llenos de amor por Cristo y por la Iglesia, le emocionó y provocó los aplausos más entusiastas de la asamblea, especialmente cuando en un arranque de fervor oratorio, exclamó: «¡Cristo vive!, y vosotros sois un testimonio colectivo de que Cristo vive».

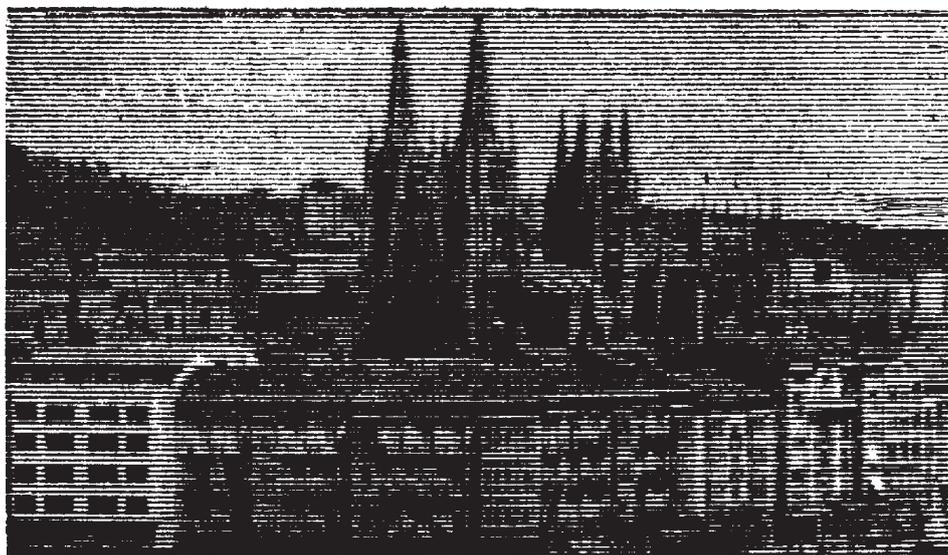
El carisma de los obispos, de maestros de la fe y de testigos oficiales de Cristo hasta el fin de los siglos, parecía experimentarse sensiblemente en aquel frontón de la Ciudad Deportiva de Burgos. Los participantes de la «Mariápolis» vibraron en aquellos momentos en que Chiara Lubich, la primera focolarina, ha desig-

nado en frase sublime «La pasión por la Iglesia».

El Papa ha hablado de un doble fenómeno que él percibe en la Iglesia: existen los que se sienten fatigados de ser católicos, y cuya reacción es de la crítica negativa y destructiva; y existen «aquellos que casi descubren por primera vez que son católicos y sienten por ello —dice el Papa— una inmensa alegría, un nuevo vigor apostólico, un gran ardor por la Iglesia y un enorme deseo de actividades apostólicas, incluso muy audaces».

A propósito de esta «Mariápolis» de Burgos 1972, uno de estos convertidos, el intelectual italiano Eugenio Patuzzi, cuenta su «caso» en el número último de la revista católica internacional de la Obra de los Focolares, «Ciudad Nueva», bajo el expresivo título de «Camino de Burgos perdí a Sartre». El joven filósofo existencialista en su viaje por España tropieza providencialmente con este «nuevo tipo de relación» en el que descubre admirado que «podía decir todo lo que pensaba sabiendo que frente a mí tenía personas capaces de olvidarse totalmente de sí mismas para escuchar y discutir los problemas que me interesaban a mí». «...Nos reunimos con otros jóvenes en un prado... No quería creer que había comprendido algo; pero al mismo tiempo, en la medida que hacía esta experiencia, intuía que esos días podían ser decisivos para mí» (y lo fueron). «El momento de la verdad fue cuando me levanté con la intención de crear el escándalo. Pero me los encontré a todos atentísimos, con el único deseo de ensimismarse completamente en mí... a Sartre le ha faltado la experiencia de una Mariápolis». Por la caridad de saber escuchar, comprobaron los Focolares aquello de «no poseer goce mayor que el de dar esperanza a un corazón desamparado». Y éste volvió a encontrar la Fe.

FRANCISCO CERVERA





Vida
en el **CEU**

COMO EN AÑOS ANTERIORES EL C. E. U. ORGANIZA PARA EL CURSO 1972 - 73 DIVERSOS CURSOS MONOGRAFICOS DENTRO DE LAS DIFERENTES ESCUELAS QUE CONSTITUYEN EL INSTITUTO DE ESTUDIOS PROFESIONALES SUPERIORES DE DICHO COLEGIO UNIVERSITARIO C. E. U. PARA INFORMACION DE NUESTROS LECTORES PUBLICAMOS EL PROGRAMA DE CURSOS:

ESCUELA DE COMERCIO EXTERIOR

Curso Superior de Diplomados en Comercio Exterior

CALENDARIO: 20 de octubre de 1972 a 7 de febrero de 1973.
(Lunes, miércoles y viernes, de ocho a diez de la noche).

ESCUELA DE URBANISMO

Curso Especial de Régimen de la Vivienda y de la Propiedad Urbana

CALENDARIO: 15 de febrero a 18 de abril de 1973.
(Martes y jueves, de siete y media a nueve y media de la noche).

ESCUELA DE ESTUDIOS FINANCIEROS

Curso Superior de Diplomados en Tributación de Empresas

CALENDARIO: 7 de febrero a 17 de mayo de 1973.
(Martes y jueves, de siete y media a nueve y media de la noche).

Curso Especial de Financiación de la Empresa Privada

CALENDARIO: 27 de octubre a 11 de diciembre de 1972.
(Jueves y viernes, de siete y cuarto a diez de la noche).

Curso Especial de Impuesto General sobre la Renta de las Personas Físicas

CALENDARIO: 21 de mayo a 19 de junio de 1973.
(Lunes, martes y miércoles, de siete a diez de la noche).

Curso Especial de Economía para Juristas

CALENDARIO: 1 de marzo a 24 de mayo de 1973.
(Martes y jueves, de siete a diez de la noche).

ESCUELA DE ESTUDIOS EMPRESARIALES

Curso de Formación Básica en Marketing

CALENDARIO: 11 de octubre de 1972 a 5 de febrero de 1973.
(Lunes, martes y miércoles, de siete a diez de la noche).

Curso Superior de Diplomados en Marketing

CALENDARIO: 14 de febrero a 4 de junio de 1973.
(Lunes, martes y miércoles, de siete a diez de la noche).

Curso Especial de Juristas de Empresa

CALENDARIO: 8 de febrero a 25 de mayo de 1973.
(Jueves y viernes, de siete a diez de la noche).

Curso Especial de Economistas de Empresa

CALENDARIO: 8 de marzo a 29 de mayo de 1973.
(Martes y jueves, de siete a diez de la noche).

Curso Superior de Diplomados en Dirección de Personal

CALENDARIO: 3 de noviembre de 1972 a 11 de mayo de 1973.
(Lunes, miércoles y viernes, de siete a diez de la noche).

Curso Superior de Diplomados en Informática

CALENDARIO: 8 de noviembre de 1972 a 16 de marzo de 1973.
(Lunes, miércoles y viernes, de siete a diez de la noche).

Curso Especial de Dinámica de Grupos en la Empresa

CALENDARIO: 2 de marzo a 30 de marzo de 1973.
(Lunes, martes, miércoles y viernes, de siete a diez de la noche).

Curso Especial de Contabilidad Empresarial e Imposición Directa

CALENDARIO: 14 de febrero a 1 de junio de 1973.
(Miércoles y viernes, de siete y media a nueve y media de la noche).

Curso Especial de Estrategia Publicitaria

CALENDARIO: 21 de febrero a 21 de mayo de 1973.
(Lunes, miércoles y viernes, de siete a diez de la noche).

Curso Especial de Técnicas de Investigación Sociológica de Mercados

CALENDARIO: 2 de febrero a 13 de abril.
(Lunes, miércoles y viernes, de ocho a diez de la noche).

ESCUELA DE RELACIONES PUBLICAS

Curso Superior de Diplomados en Relaciones Públicas

CALENDARIO: 25 de octubre de 1972 a 9 de mayo de 1973.
(Lunes, miércoles y viernes, de siete a diez de la noche).

ESCUELA DE ESTUDIOS AGRARIOS

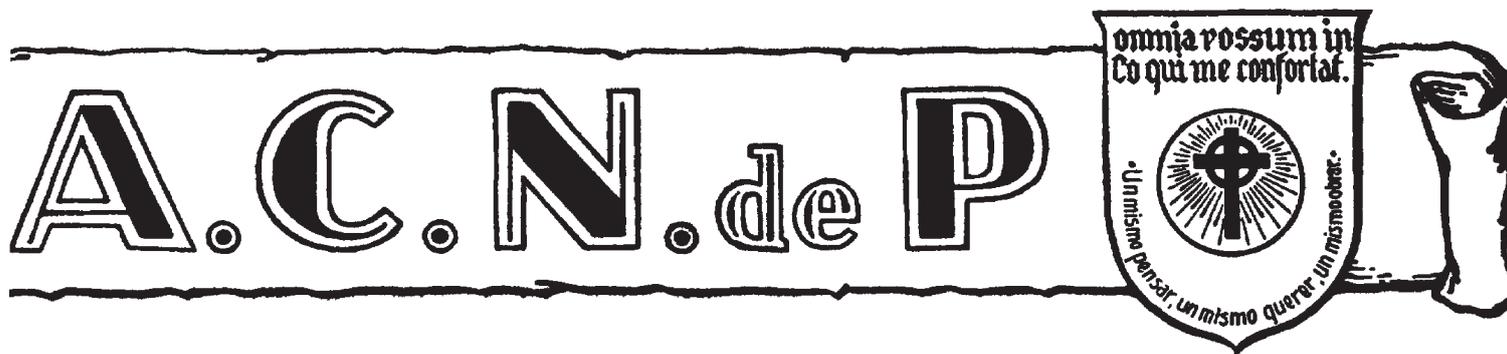
CALENDARIO: 29 de enero a 18 de mayo de 1973.
(Lunes, miércoles y viernes, de siete a diez de la noche).

NECESITAMOS

PUBLICIDAD

UN TÍTULO "CAMP"

Reproducimos aquí el título del Boletín tal como se imprimía en los años 20, cuyo grabado, hemos encontrado rebuscando viejos cajones. Muy propio de aquella época, hoy nos parece añejo. Pero tiene el sabor de recuerdo para los veteranos y de la curiosidad para los jóvenes. Vaya a título de documento.



Resumen del BOLETÍN número XI, del 20 de octubre de 1925:

La peregrinación de la Juventud Católica: Acerca de la misma, informa *Marcelino Oreja*, lamentándose de que al frente de los 200 jóvenes que allá fueron no se consiguiese poner ninguna personalidad eclesiástica española. El viaje se realizó con una etapa en Lourdes, reuniéndose en Roma con las demás representaciones de otros países asistentes al Congreso Internacional de Juventudes Católicas, motivo del viaje, y que alcanzaron la cifra de 5.000 jóvenes. Durante las sesiones «el interés se centró en el tema de "La Juventud Católica y la política" y la "Juventud Católica Obrera"». Respecto al primer tema, hubo bastante unanimidad de opiniones, «solamente los delegados checoslovacos querían dar a la Juventud Católica la misión de constituir un partido político católico»; en cuanto al segundo, no llegó a recaer acuerdo. En el banquete de clausura habló por parte española el señor *Sautu* primeramente en francés, pero, dado el número de concurrentes his-

panoamericanos, pidió permiso para hablar en español. También se celebró en el palacio de la Cancillería una «academia políglota.» en honor de S. S. Se pronunciaron 27 discursos, hablando en nombre de España, *Marcelino Oreja*. Los delegados españoles ofrecieron una comida a los hispanoamericanos, en la que se acordó que coincidiendo con la Exposición Hispanoamericana de Sevilla en 1927 se celebraría en España un Congreso Católico de Juventudes de los países de habla española. El actual himno de la Juventud Católica ha tenido poco éxito.

Impresiones del extranjero: La preocupación de los propagandistas de la época por el mayor conocimiento del extranjero se trasluce en casi todos los Círculos de Estudios mediante temas de información: el 8 de octubre, *Rafael Luis*, acerca de sus impresiones de viaje por Alemania: el Congreso de Stuttgart, la organización de los católicos en el Centro y el comunismo; el 15 de octubre, *Martín Sánchez*, sobre Italia: Año Santo, Prensa, Fascismo, Acción Católica. El mismo día, *Rafael Luis* informa de la última reforma municipal en Italia,

y el señor *Espinosa*, de su intervención en el Congreso Nacional del Niño, en Zaragoza... La curiosidad intelectual de aquellos hombres, jóvenes, es inagotable.

Propagandistas: Se publica una nota necrológica de don *Alberto de Paredes*, fallecido en La Coruña y que era director del «Ideal Gallego».

Fernando Martín Sánchez, asesor técnico del nuevo Servicio Nacional de Crédito Agrícola (Ministerio de Fomento), por concurso.

El *Marqués de Lozoya* publica un nuevo libro, «La campaña de Navarra».

Y notas de la vida privada: De Sitges regresó con su familia el señor *Siso...*, o desgracias familiares: *Francisco Luis* pierde una hija...

Resumen del BOLETÍN número XII, del 5 de noviembre de 1925:

La Escuela Social: Creada por el Ministerio de Trabajo. Informa el señor *Almazán* y señala la conveniencia de matricularse en ella, dado que no se puede abandonar esta posición a elementos alejados del pensamiento católico.

Círculos de Estudios: Los temas en el Centro de Madrid durante estos días son: la legislación matrimonial en Rusia (informa *Siso Cervero*); la organización de la Acción Católica (*Herrera* somete al Círculo el tema), se habla incluso de un eclesiástico para la presidencia, opinan varios propagandistas sobre éste y otros puntos, pros y contras, inquietud por configurar la naciente Acción Católica. Se sigue hablando de Italia y del Congreso Municipalista de Madrid (lo resume *Gil Robles*), de los Estudiantes Católicos.

Sevilla: *Manuel Ramos Fernández*, facilita una nota sobre los propósitos de revitalización del Centro.

Zaragoza: Se ha organizado en Santa Engracia una biblioteca circulante con un «hermoso kiosko» con cerca de un centenar de libros. Se acordó colaborar con la Asociación Española de San Rafael que recorre material y moralmente a los emigrados españoles en el mediodía de Francia (*¡qué extraña debía parecer esta inquietud en los años 20!*). El Almanaque es una publicación en la que colaboran varios propagandistas para difusión de las «ideas sociales del catolicismo» y publicidad de la labor que en este campo se realiza en Zaragoza y en Aragón.

Propagandistas: El señor *Alvarez Gendín*, secretario del Ayuntamiento de Oviedo, «ha hecho un proyecto de Carta Municipal».

Don *Alfredo López* ha sido elegido presidente de la Federación de Estudiantes Católicos de Madrid.

DE LA FOTO «EJERCITANTES 1924»

Recibimos la primera contestación a nuestra encuesta solicitando la identificación de las personas que figuran en la foto publicada en el número de julio-agosto 1972 (pág. 42): nos la remite Manuel Ramos Hernández desde Sevilla.

Advierte nuestro compañero que en aquella foto, pese a que consta en la relación de los ejercitantes, no figura José María Pemán.

Y que logra identificar a los siguientes:

- 35: Don Angel Herrera.
- 34: José Manuel de Aristizábal.
- 36: Miguel Sancho Izquierdo.
- 60: Román Perpiñá Grau (Bilbao).
- 76: Fernando de Eguía (Madrid).
- 31: Joaquín Espinosa Ferrándiz (Madrid).
- 25: Santiago Fuentes Pila (Madrid).
- 34: José María Gil Robles (Madrid).
- 67: Alfredo López Martínez (Madrid).
- 75: Serafín Marina Cayre (Madrid).
- 38: Manuel Marina (Madrid).
- 44: Fernando Martín-Sánchez Juliá (Madrid).
- 54: Marcelino Greja Elósegui (Madrid).
- 77: Juan Puchades (Madrid).
- 57: Fernando de Urquijo, «Curro Vargas» (Madrid).
- 7: José María Valiente (Madrid).
- 11: Felipe Manzano (Oviedo).
- 70: Alonso París (Salamanca).
- 73: Manuel Ramos Hernández (Sevilla).
- 71: Luis Campos (Valencia).
- 79: Juan Contreras (Valencia).
- 68: Mariano Puigdollér (Valencia).

Muchas gracias, don Manuel.



ESTE BOLETIN PONE A DISPOSICION DE SUS LECTORES Y AMIGOS ESPACIOS PUBLICITARIOS

El Boletín lanza 1.500 ejemplares de cada número distribuidos a un interesante sector de propagandistas, protectores de las obras de la asociación, intelectuales y profesionales.

TARIFAS

	<i>Primer número</i>	<i>Siguientes</i>
A dos colores:		
— en portada final, página entera	7.000	6.000
— en contraportadas, página entera	6.000	5.000
A un color:		
— una página interior	5.000	4.000
— 1/2 » »	3.000	2.500
— 1/4 » »	1.500	1.250